

# Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XX

San José, Costa Rica 1930 Sábado 11 de Enero

Núm. 2

Año XI. No. 474

## SUMARIO

Gabriela Mistral.....	L. E. Nieto Caballero	Elegía ditirámica.....	Carlos Pellicer
Un hombre y un hidalgo: Sánchez Guerra.....	Alberto Gerchunoff	Nota.....	R. Blanco-Fombona
No discutamos más sobre la crisis y hagámosle frente.....	E. López Pumarejo	El Miedecito de la Gacela.....	Gabriela Mistral
Dos notas.....	Marina Sáenz E. y Gastón Figueira	Otra vez con Rockefeller.....	Juan del Camino
Clemenceau ante la historia.....	César Vallejo	Primeras letras, gestos de guerra y alguna que otra alusión personal.....	R. Coto
Georges Clemenceau se muere.....	Max Jiménez	Manifiesto.....	José Vasconcelos
		Tablero (1930).....	

ESTA es una mujer crucificada. Nació para el dolor, que estaba listo con sus clavos de oro para hendirle las manos. También se ensombreció la tierra cuando la torturada, que llevaba un amor y que había soñado un hijo, para transfundirle su inspiración y su ternura, subió al calvario del canto. Fue en Chile, la tierra fuerte y áspera, intensamente amada, donde su alma recibió los cinco mil y más azotes del destino invencible. Allá sintió en las sienes la corona de espinas. Allá sudó sangre. Pero también, en la hora final de su martirio, cuando de los labios sitibundos quería apartar el cáliz, fue en Chile donde el cielo se abrió, para escuchar los acentos desgarradores que se volvieron belleza, y que como belleza repiten, en estrofas de acidez tonificante, los pueblos españoles.

Ella misma calificó su vida con la palabra *desolación*, que le sirvió de título para el primer volumen en que manos amigas reunieron sus estrofas. Símbolo del eterno silencio de las cosas y del eterno silencio de su espíritu, frente al interrogante de ventura que su dedo de mujer trazó en la arena! Se aguzaron en ella a cada golpe las facultades afectivas. Cada día se hizo más honda. Cada día aumentó de esa manera su capacidad de sufrir. Descubrió el pecho para que en él se clavaran los garfios de la desesperanza, de fuego, como el dardo de amor que entró hasta el corazón de santa Teresa para transverberarlo, y aspiró como un perfume el olor de su propia carne, que cedió al contacto ígneo. Cada sollozo, cada queja, se transformaron en música. No hay notas que superen a las que pone el dolor en sus propios pentagramas.

En el tráfago diario, Gabriela Mistral debe tener algo de niña. Acaso es tímida, miedosa, llena de aprehensiones acerca de lo que el porvenir le reserva. Por los caminos, en la alcoba tenuemente bañada por la lámpara que ilumina sus creaciones, debe encon-

trar fantasmas. Ha de sentirse a veces bajo el influjo de un mago. Ha de creerse con cadenas espirituales y morales, propensa a caer enferma sin motivo, aprisionada en su angustia como en un torbellino, que la hace girar siempre, que la hace desear siempre el estallido, para que termine la velocidad que la lleva entre sus ondas

al vértigo. Ha podido oír a media noche trece campanadas, y es posible que manos de ectoplasma le hayan hecho señales en la sombra. El dolor acaso ha querido arrinconarla, para hacerla temblar de un dolor nuevo.

Así ha cantado sus grandes soledades, sus grandes amarguras, sus grandes estremecimientos. Co-

mo el pobre pescador de Puvis de Chavannes, en un ambiente gris, ha podido doblar la cabeza en una de esas actitudes de renunciamiento, de entrega, que son la pérdida definitiva de la ilusión, la perfecta sensación del desamparo. Pero oyéndose a ella misma, deseando reaccionar, buscando alivio, ha pedido a la rima que la deje apoyar contra ella, sobre ella, como si fuera en un seno o en un nido. Poco a poco el ronco acento de la desolación que iba a volverse protesta, se ha ido debilitando, dulcificando, haciéndose arrullo para sus propias penas, para mecer en ellas al niño ilusorio, mientras las lágrimas descendían por sus mejillas en tibios arroyuelos.

Difícil es hallar mayor dulzura en un poeta para cantar a un niño. No únicamente al propio o al deseado, o al de la imaginación que, arraigada en un temperamento paternal o maternal, lo sueña, sino al ser pequeño, inerte, sonriente o lacrimoso, que se halla en cualquier sitio o en cualesquiera brazos, desde el que está abrigado de manera lujosa hasta el que está desnudo, con los piecitos «azulosos de frío» y el rostro adolorido, tocado por el hambre. Enternecida ante todos, para todos hace sus canciones de cuna, que adormecen con delicia a quienes las escuchan. Las palabras se vuelven de algodón, son blancas, leves, cálidas, queridas, permiten adivinar los ojos entrecerrados, el estrechamiento contra el corazón, el beso largo, la emoción indefinible, sagrada, que compensa de todos los quebrantos, regalada por el hijo que aprieta las manecitas de juguete y rompe en un grito que se enrosca en el alma. Gabriela Mistral ha sido madre centenares de veces sin haberlo sido nunca. No sintió en las entrañas el desgarramiento creador, pero aprendió la mirada de las elegidas y se adueñó de su acento.

Gente impúdica creyó hallar



## Gabriela Mistral

Del precioso libro *Colinas Inspiradas*. Bogotá, 1929.—Lo hemos recibido en estos días, lo hemos releído con mucho gusto y le damos las gracias por el envío a su autor, noble amigo y literato eximio.

impudor en las meditaciones que escribió acerca del misterio. Sus poemas en prosa para cantar la germinación y el florecimiento de la planta humana están llenos de luz. Todo en ellos es de una pureza mística que arroba y da a las frentes el pliegue de la gravedad que acompaña a las divagaciones inefables, en que la felicidad se doblega bajo el peso de los más variados augurios. Sólo las naturalezas torpes y las imaginaciones manchadas pueden hincar el diente venenoso en pensamientos que se arrodillan ante Dios y ante la vida, mientras los ojos siguen en su curso al fenómeno espléndido. Decir lo que la madre siente cuando todo su organismo se transforma, y en el ansia de ventura para el sér pequeño que se acerca, pide al cielo que el mágico Henschidor la dote con licor abundante, no es hablar cosas prohibidas, sino poner un tono religioso en lo que no será jamás causa de escándalo sino para las naturalezas vulgares.

Ante toda la creación es una madre quien tiene la delicadeza de pensar que los árboles se inclinan, para velar sobre sus propios retoños, como sobre hijitos dormidos. Y es de una santidad que lleva al éxtasis la emoción de la que exclama, al pedir que Dios desprenda blandamente a la criatura que va a asomarse a la vida: «Nazca ya, y mi grito de dolor suba en el amanecer, trezado con el canto de los pájaros!» Sinfonía de los seres y las cosas, en el minuto de prodigio que se hunde en la eternidad, después de haber traído en un relámpago la eternidad del goce! Goce y dolor, siameses soberanos en el hombre que se siente creador, y que en su orgullo se humilla agradecido, ante la suerte, y quiere ver a Dios en el iris que la luz forma en las lágrimas!

«La mujer que no lleva un hijo en el regazo», la mujer estéril, tiene para ella una laxitud de mundo, y con el corazón acongojado se avergüenza hasta de la mendiga cuya gravidez anuncia la cercanía de esa gloria. Con poemas análogos podría formar la poetisa un volumen, hecho de miel y de leche, de ternura y de angustia, con el nombre de *Maternidad*. Por él discurrirían todos los sentimientos que hacen noble la existencia y que prestan encanto aun a los seres feroces. Maternal sería todo, o lo es todo, porque los poemas figuran en el libro, y apenas sería preciso un trabajo de distribución para formar el otro.

«Voy conociendo, dice, el sentido maternal de las cosas. La montaña que me mira, también es madre, y por las tardes la neblina juega como un niño por sus hom-

bros y sus rodillas». Del propio modo, el árbol es una entraña de mujer, porque «cada rama mece airosa en cada leve nido un sér». Es el ansia suprema de la mujer completa la que así materniza las cosas y clama por el milagro de la concepción, santamente, maternalmente, desde sus entrañas de virgen. Cristalización del amor, sí, revelación de que la vida gustó del nuevo cauce, pero reclamo ante todo del objeto que hará entrar en ejercicio la función del arrullo. Pasan rápidamente, como ríos vocingleros, las pasiones que dicen la canción de la carne. La fuga de las aguas es hacia el remanso, hacia la suavidad de las ropitas blancas y de los escarpines minúsculos. El amado puede estar cerca, pero es para que oiga las canciones y para que contemple cómo, a influjo de ellas, el niño, poco a poco, se va quedando dormido.

«Amar (bien sabes de eso) es amargo ejercicio». En Gabriela Mistral no existen llamas. La atracción de la especie, el instinto vital, la comunión de los cuerpos, la fusión de las almas, no se le presentan con la alegría de quienes ven en el amor la única ocupación de la vida. Para ella se destaca, como lo más sublime, la solemnidad, el misterio, la elección de Dios, algo que invita al llanto y mantiene, bajo el azote de lo incomprensible, los ojos extasiados. La dicha, que clava sus puñales, hace llorar muchísimo. Los sentidos comprenden,

y el corazón, y el rostro. Pero el alma se tarda. Así lo dice, así lo siente, al esconder la cabeza entre la almohada, para que no estalle con la revelación que puso en ella su carga de dinamita. Por eso ama llorando.

Ese dón de lágrimas la llena de bondad y le hace encontrar en la amargura la significación de la vida. «Con tus gemidos se ha arrullado el mundo», le dice a la raza judía, cuyos dolores, que no impidieron el Cantar de los Cantares, contribuyeron más que las victorias y los entusiasmos, las risas y las satisfacciones, al ennoblecimiento de la especie y a la efusión de las almas. Los libros tristes son los que la alegran. Y como la alegría es máscara que con frecuencia oculta el dolor íntimo, de la maestra rural a quien canta dice bellamente: «Su sonrisa fue un modo de llorar con bondad». Siempre asocia el bien con la tristeza. En la oración de la maestra exclama: «Reprenda yo con dolor para saber que he corregido amando!» No diría lo mismo si las lágrimas no hubieran entrado en la masa de su organismo como levadura.

A través de los ojos empañados mira cuanto la rodea. Siente la atracción de lo más contrario a su ideal estético por necesidad innata de derramar ternura. «En lo feo, dice, la materia está llorando. Yo le he escuchado el gemido. Mírale el dolor y ámalo. Ama la araña y los escarabajos por dolorosos, porque no tienen, como la rosa, una expresión de dicha». Clama, exalta, impone la

piEDAD hacia ellos, porque su intuición le hace adivinar que todos, lo mismo el escarabajo que la araña y el sapo que la culebra, «buscan terriblemente, con una tremenda ansia, la belleza que no trajeron». Así, penetrando en el enigma de los seres, tratando de comprender sus angustias y sus anhelos recónditos, se embellece la fealdad y se limpia el alma de odio, lo único que odia esta mujer, que en los *Nocturnos*, en *Los sonetos de la muerte* y en cien estrofas de igual desolación, grita un cansancio infinito y ya presiente el día en que «el alma dirá al cuerpo que no quiere seguir».

Es acaso la comprensión de los dramas que se ocultan bajo el disfraz de la fiesta, el reconocimiento de la igualdad en el dolor de todos los humanos, aunque las apariencias engañen, lo que la inunda de conmiseración, lo mismo ante el proletario que envidia al señor de los millones, que ante el potentado sediento de paz, de despreocupación, de sencillez, que quisiera cambiar su suerte pródiga en zozobras que le ahuyentan el sueño, por la del hombre tranquilo de los campos. Ah! si alguien supiera la miseria de los millonarios! es grito que se ha escapado de centenares de gargantas y de plumas desde que existe la caza a la riqueza. Eso no lo ha visto ni lo verá el superficial. Lo ve el poeta, cuyos ojos tienen poder de rayos equis para observar lo que esconden los espíritus.

Tal es la semejanza de los seres más desemejantes, tal la comunidad del dolor entre los hombres, tal la necesidad de amparo para todos, que, a ejemplo de Gabriela Mistral, no habrá quien ante Dios no diga: «Mientras los otros siguen llamándote Justicia, no te llamaré nunca otra cosa que Amor». Es que el amor tiene que ser la única justicia. Si la justicia fuera el castigo, la creación sería atea. No hemos podido venir a hacer piruetas, movidos por cuerdas que halan de lo alto, para caer después, como los muñecos que el niño desecha cuando está cansado de divertirse con ellos, en el cajón que irá luego a ser vaciado en el carro del aseo.

No sólo las consideraciones metafísicas sino las estéticas, sino las biológicas, hacen el amor deseable. El odio es feo, es repugnante, es disolvente, envenena. Su acción es rápida, pero su herida es profunda. Cuando Gabriela Mistral dice: «es breve el odio e inmenso el amor», no se refiere a la duración sino al efecto, que estalla en el primero, y se va extendiendo en el segundo, en ondas concéntricas, que con dulzura se prolongan hasta llegar a besar las arenas tostadas de la playa. Por



**El traje hace al caballero  
y lo caracteriza  
y  
La Sastrería**

**La Colombiana**  
de Francisco A. Gómez Z.

**le hace el vestido**

en pagos semanales, mensuales  
o al contado.

Hay un inmenso surtido de  
casimires ingleses. Operarios  
competentes para la confec-  
ción de trajes.

**Haga una visita y se convencerá**

**Calle del Tranvía**  
50 varas al Este de "El Cometa",  
frente a Luis Vanni

**San José. C. R.—Teléfono 3285**

eso el «dichoso yo sí, al fin del día, un odio menos llevo en mí» está bien en el himno cotidiano. La verdadera felicidad, la verdadera salud, están en la ausencia de esas pasiones que se alimentan de fealdad y de bilis.

Una mujer como Gabriela Mistral, de esa riqueza interior, torturada que ha querido llegar a la serenidad por el camino de la meditación, frecuentadas las sendas que desembocan en él por seres que sufren o debieran sufrir mucho más que ella, parecía predestinada para la misión de enseñar, para llenar de armonía, de luz, de significación moral, con su sola presencia, el aire de una escuela. Y maestra ha sido, con dolor y con amor, escudriñadora silenciosa de secretos hermosos, madre en todo momento, que no puede castigar sino llorando y regañar sino sonriendo, porque en todo niño quiere ver al que ha podido ser suyo.

Pero no sólo bondad ha llevado a los claustros, que hace mucho aprendió el valor de la ciencia. Ha querido informarse de todos los ensayos, y ha ensayado todos los informes. Después de una fecunda permanencia en Méjico, en la hora precisa en que realizaba Vasconcelos una de las más sagradas revoluciones de que haya recuerdo en la memoria de los mejicanos, fue a Europa, ampliamente conocida por ella a través de las revistas y los libros, recorrida ahora por sus pies de peregrina, que se detienen con mayor agrado en la aldea recatada y silenciosa que en la ciudad fastuosa, abrumada de ruidos y de luces.

Sin timidez se ha acercado a los grandes pensadores y con avidez ha entrado en santuarios y laboratorios. Ha repasado con fruición todos los métodos y ha soñado con adaptaciones, de lo juzgado mejor, al clima de nuestra inteligencia. Bien sabe que el trasplante, que el injerto, no son operaciones al alcance de cualquier capricho. Sin la previa preparación del terreno o de la planta, pueden morir, o todavía peor, pueden resultar nocivas. Y se ha empeñado en observar, en comparar, en discutir, preocupada del niño como niño y de la educación como educación, pero sin desalojar del margen de su alma y de sus ojos la imagen del continente en donde vio la vida.

Para nadie como para Gabriela Mistral, o para muy pocos, tiene forma de corazón la América latina. Ella siente las pulsaciones de todos nuestros pueblos confundidas en una sola inmensa. Y los sueña unidos, amándose, enseñán-

dose, protegiéndose recíprocamente, para realizar algún día, si no la unidad étnica, sí la unidad política, la gran confederación de naciones que habrá de dar al mundo una enseñanza nueva. Está enterada de que nos ignoramos de manera absoluta. Siendo tan parecidos, como gotas de azogue que no pueden tocarse sin fundirse, nos desconocemos lamentablemente. Los problemas del uno no interesan sino como curiosidades al otro. Todos sabemos más de Europa que de nosotros mismos. Y así vamos al destino, por un camino que a veces nos parece que es muy largo y a veces que es muy corto, como a Rubén el de la vida, detenido al fin en el valle silencioso donde miran al cielo las cuencas de los muertos.

Contra esa ligereza, contra esa despreocupación, se rebela Gabriela Mistral con voz de hombre. Cambia el tono cadencioso que cantaba en los oídos infantiles y se oye el ruido ronco de palabras severas. Todo es admonición. Está contagiada del fervor y de la angustia que ponen en sus quejas los enemigos del norte. Ella sabe que el odio a los Estados Unidos es en muchos una explotación, una manera de vivir, un tema, pródigo en frases fáciles, aunque ya gastado, para las conferencias. Pero ella, que es pura, pone en su afán la distinción suprema de que si no nos entendemos no es por conflictos de su maldad con nuestra bondad, de su rudeza con nuestra suavidad, de su mercantilismo con nuestro idealismo, sino apenas, y es bastante, porque somos diferentes.

Como toda persona dada a la predicación, exagera. Del propio modo que su ética la indujo a escribir algo que sorprende por su incomprensión contra Anatole France, su hispanoamericanismo,

hinchido de acentos vengadores oídos a los propagandistas, se ha dejado arrastrar a comentarios que revelan un desconocimiento absoluto de algunos matices del gran pueblo. No importa, creemos nosotros, que seamos diferentes para entendernos y para estimarnos. Hasta en el amor se invoca la ley de los contrastes. Entre pueblos no puede haber o no debe haber resentimientos perpetuos, porque la responsabilidad no se transmite o no debe transmitirse, y porque la vida sigue.

Heridos, más que nación alguna de la América latina, los colombianos no podemos, o mejor, no debemos, fosilizarnos en el odio, ni menos hacer una oración del insulto. El responsable directo ya murió. Recibimos después satisfacciones, y reparaciones, y manifestaciones de apoyo y simpatía, que nos obligan, no a cerrar la herida ni a cancelar el recuerdo, pero sí a comprender que otros son los hombres que nos tienden ahora sus manos amistosas. Bastó que en Chile y el Perú hubieran querido resolver un vidrioso problema dos hombres de Estado, para que se acercaran, se reconciliaran y se abrazaran los pueblos. Esa es la humanidad y esa es la vida. ¿Qué haríamos con seguirle cobrando a España, que tanto amamos hoy, la sangre de nuestros próceres, y con seguir viendo en sus dirigentes actuales simples reencarnaciones o continuaciones de nuestros verdugos?

No predicaríamos nosotros la muerte del recelo ni aconsejaríamos la eterna complacencia con los Estados Unidos. Claro está que han sido, son y continuarán siendo un peligro. Pero ni el peligro se conjura, ni nuestras patrias crecen con las palabras de rencor, con las ligas efectistas en que la buena fe de algunos seres,

con vocación de apóstoles, es aprovechada por los vividores, los mártires de teatro, los necesitados de pesetas, que hacen rabiosos llamamientos a los peores instintos. La observación debe ser callada; el recelo, interior; la conducta, arreglada a la que ellos observen con nosotros.

El peligro mayor está en nosotros mismos. Nuestra algarabía, nuestra nerviosidad, nuestra afición por los vocablos detonantes y los ademanes, en ocasiones grotescos, que siempre calificamos de heroicos, nos ponen en ridículo, después de habernos hecho daño en el criterio de los buenos, que en los Estados Unidos existen, y existen a millares, porque nadie conserva la ecuanimidad, a menos que sea idiota, ante el alud de palabras ofensivas. Por otra parte, y es la más grave, el ansia de enriquecimiento, la fiebre de negocios, la ausencia de un sentimiento bien delicado de patria, llevan a muchos burgueses satisfechos al concepto suicida de que sólo importa el bienestar material, que, en concepto de ellos, exige para producirse toda una serie de zalemas, de concesiones y de indignidades, que nos pudren y nos dejan listos para una especie de esclavitud afrentosa.

La única política hábil, que resulta ser la única útil, lo mismo en el consejo de Washington que en el de cualquier hombre de Estado, de Europa o de Sur América, es la de la honradez, que supone la franqueza, la dignidad, el ánimo entero para decir *si!* cuando conviene el *si*, y *no!* cuando el *no* es un mandato de la soberanía y del decoro. Esa política no se hace con los puños sino con la inteligencia. Es más fácil desviar el golpe con astucia que con bravuconadas. El concepto de que un yanqui se asusta ante un machete, lo que nos hace invencibles, lo mismo en Méjico que en Nicaragua, en Colombia que en Venezuela y en el Perú que en Bolivia, o de que con gases asfixiantes y microbios podemos defendernos, va pasando ya a la categoría de chiste de almanaque. La única defensa cierta es la de la seriedad, la lealtad en los procedimientos y la atención vigilante en la observancia de los compromisos. Tenemos, además, como refugio contra el imperialismo de los hombres absorbentes y de los piratas disfrazados de estadistas, al mismo pueblo americano, que en múltiples ocasiones, por boca de sus grandes oradores y con la pluma de sus publicistas de más fama, ha defendido en las agitaciones de la política yanqui, los derechos tutelares de la América nuestra.

Gabriela Mistral no seguiría calladamente, como cauda, en una

## JOHN M. KEITH & Co., Inc.

SAN JOSÉ, COSTA RICA

Agentes y Representantes de Casas de primer orden

### Cajas Registradoras "National"

The National Cash Register Co.

### Máquinas de Contabilidad "Burroughs"

Burroughs Adding Machine Co.

### Máquinas de Escribir "Royal"

Royal Typewriter Co., Inc.

### Muebles de Acero y Equipo para Oficinas

Globe Wernicke Co.

### Implementos de Goma

United States Rubber Co.

### Maquinaria en General

James M. Motley, New York

**JOHN M. KEITH**

Socio Gerente

**RAMÓN RAMÍREZ A.**

Socio Gerente

campana de frenesí y de demencia contra lo que es legítimo en la influencia de los Estados Unidos. Pero sus artículos admonitorios se resienten, dentro de su pureza, de la exacerbación que se gana en el contacto con los pueblos vecinos al coloso, y que crece en la ausencia de aquel conocimiento íntimo de una sociedad tan complicada, que no se obtiene sin vivir su misma vida. No conoce a los Estados Unidos, y acaso a ningún pueblo, quien solamente los ha estudiado en los libros o en un viaje de paso. Es indispensable, para comprenderlos en todo lo que tienen de idealista, no obstante la reputación de materialismo crudo que les han dado sus hombres de presa y de negocios, haber visto la intimidad de sus familias y haberse sumergido en el agua transparente de sus universidades. Ahí está la sorpresa porque están el calor, la virtud, la efusión y un sentido de la amistad tan profundo que indiscutiblemente ha de influir, al extenderse, en las relaciones internacionales.

La poetisa, que acaba de tener el dolor de perder a su madre, una ancianita en cuyas sienas había nevado mucho, vive actualmente en Francia. No es París la ciudad que rima con su espíritu. Prefiere a Marsella, por el contacto del mar; a Avignon, por los recuerdos melancólicos de sus grandes pontífices; a las pequeñas aldeas de los campos provenzales, del Languedoc, del Limousin, de Auvernia, de Saboya, donde la vida está más cerca de la naturaleza, y donde las gentes, de menores complicaciones cerebrales, se abren de manera más cordial al calor de su mirada y de su acento. Con paso de persona alejada de la lucha, aunque en la lucha viva, recorre los senderos poco frecuentados, para observar la caída de la tarde, mientras dialoga enternecidamente con aldeanos y con campesinos.

De ella emana una sensación de vida sana y grave. «La reconoceréis, dice Pedro Padro en uno de los más bellos elogios que se le hayan tributado, por la nobleza que despierta». «Anda en batalla de sencillez» y no gusta de que se haga ruido en torno de ella, acaso también para que no se asusten las aves de su pensamiento. El olor a tierra removida, que asciende bajo la luz de Dios en las mañanas y en los atardeceres, le acaricia el olfato, y la inunda de paz, la paz que anda buscando desde que estuvo en cruz, y supo de la hiel y del vinagre que tienen los pueblos del

planeta entero, para los que sienten sed en la predicación de palabras redentoras y consoladoras. La voz de las cosas llega a sus oídos de manera distinta y la indemniza de cuanto le haya sido hostil en la voz de los seres.

Creemos que deben aplicársele las mismas luminosas consideraciones que hizo ella acerca de su amiga Teresa Prats de Sarratea, al saber que su alma se había ido del mundo. «Cuando ella hablaba se hacía honda la vida y el saberla en el mundo limpiaba la existencia». Gabriela Mistral hace a distancia una impresión de santidad que consuela de muchas liviandades humanas. Podría llegar al éxtasis si se lo propusiera, porque tiene el arranque, aunque gusta del retorno para escuchar las quejas de los que sufren, a fin de consolarlos. Su mayor consuelo está en ser un consuelo. Su verso es duro, inarmónico, pero está henchido de plumas. Quien pone la cabeza sobre él, lo siente blando.

Su verso tiene también algo de la escala de Jacob que ha sido su vida, por donde se asciende, peldaño por peldaño, a lo absoluto y eterno. Donde la escala penetra entre las nubes, se abre el reino de Dios. Hacia él eleva sus preces encendidas. Sabe muy bien que el lirismo agiganta. En el *Decálogo del artista* puso, entre otros ine-

fables, este mandamiento insigne: «De toda creación saldrás con vergüenza porque fue inferior a tu sueño». Pero ganada por la propia música, como se sintió ganar por la ajena, puede aplicarse la divina visión en que de manera tan sencilla y tan profunda dejó exaltado al lirismo: «Una mujer está cantando en el valle. La sombra que llega, la borra; pero su canción la irgue sobre el campo». Así vemos a Gabriela Mistral, en el crepúsculo de la tarde y en el crepúsculo de la existencia, erigida por su canto, que nos sigue indicando el sitio en donde está oculto el tesoro de su espíritu.

Como ella vió, de lejos, imaginariamente, en los ojos de Amado Nervo agonizante, «el estupor de Dios», en ella, como en María de Nazareth, vió Pedro Prado «el divino estupor de saberse la elegida», que es Dios en el camino, como en el caso de Nervo fue Dios en la llegada. En ambos el ansia de verlo lo trajo como un rayo de luz a la retina, y en ambos se deshizo la visión en lágrimas de gozo. En él, gratitud en el momento de emprender el vuelo; en ella, gratitud también, pero sensación posterior de desamparo, al sentir bajo los pies desnudos el lodo del planeta.

Las gentes del siglo están muertas para ella, y ya no sienten a

Cristo. Ojos opacos, «sin virtud de llanto, que limpia y refresca», bocas lascivas, corazones flojos, ánimos cansados, y cuán poca sustancia interior en esos seres que buscan la elegancia, practican la frivolidad y no se sienten sacudidos nunca por las grandes pasiones que dan precio y sabor a la existencia! El retorno de Cristo es indispensable. Hay una anticipación en los sonetos de Gabriela Mistral al grito sugestivo, adolorido, profundo, salido de la propia entraña del corazón, lanzado por Papini, en el final de su historia del mártir sacrosanto, para pedirle que vuelva a la tierra, en donde tan espantosamente lo hemos olvidado, aunque a diario lo nombremos en preces sin unción y en templos que no llena la caridad sino el sectarismo y el odio.

Ella, que ha hallado los guijarros del camino recorrido por el pobrecito de Asís, y que ha visto al hermano lobo en dos pies en las ciudades, es cristiana en lo hondo, en el deseo y en la acción, en la sencillez y en la efusión, en el dolor y en el canto. No siente el desasosiego de contarles sus cuitas a los sacerdotes. En su grande alma campesina, por donde pasó el huracán, se doblan las espigas, del amor que le ha nacido por hombres y naciones, al soplo de un viento de resonancias litúrgicas. Gabriela Mistral lleva su catedral adentro. En ella ora y en ella se confiesa. No peca nunca, pero cuando la asalta el escrúpulo, ella misma lo examina y ella misma se absuelve.

Haber amasado con sus propios jugos ese organismo de mujer, es una gloria de Chile. Puede tener la república austral, con la que tantas simpatías nos ligan, artistas de mayor refinamiento, poetas más exquisitos, pensadores de más recia contextura, escritores de superior elegancia, gentes de más rica imaginación, seres mejor informados, sabios verdaderos. No tiene una conciencia más delicada y más alta. A ella confluyen las injusticias que exigen reparación, los ideales que piden exaltación, todo el humano goce que necesita cauce y toda la pesadumbre de los seres vencidos que han menester de apoyo. Tiene el alma llena de consuelos y semillas. Todo lo riega. Es la dicha de dar lo que, en medio de la desolación que canta, la ha tornado serena. Maestra con los niños, maestra con los pueblos, su actitud permanente es maternal. Y desdeñosa de sí misma, no se mira al espejo ni cuida de su rostro, porque, sin querérselo confesar, comprende que la belleza interior, de sembradora y de cristiana, ilumina sus facciones con una luz que la hace singularmente atractiva y que parece venida de lo alto.

L. E. Nieto Caballero

## INDICE

Ana Rubiés: <i>Aplicación del Método Decroly a la enseñanza primaria.</i>	¢ 3.00
Platón: <i>Diálogo socráticos.</i> 2 vs.	8.50
Rafael Coello y Oliván: <i>Mil pensamientos de Cervantes.</i>	3.50
Jorge Simmel: <i>Sociología.</i> 2 vs.	19.00
Rubén Darío: <i>Sus mejores poemas.</i>	4.00
M. Miguet: <i>Franklin.</i>	3.00
Leibniz: <i>Nuevo sistema de la Naturaleza.</i>	4.25
Antonio Espina: <i>Luis Candelas.</i>	3.50
Luis Bello: <i>Viaje por las Escuelas de España.</i> 4 vs.	15.75
Max Scheler: <i>El puesto del Hombre en el Cosmos.</i>	3.50
A. Cerveró Lacut: <i>Manual práctico de Diagnóstico de la tuberculosis por el Laboratorio.</i>	3.00
Alberto Gerchunoff: <i>Enrique Heine.</i>	4.00

### QUIEN HABLA DE LA

## Cervecería TRAUBE

se refiere a una empresa en su género, singular en Costa Rica. Su larga experiencia la coloca al nivel de las fábricas análogas más adelantadas del mundo. Posee una planta completa: más de cuatro manzanas ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

**CERVEZERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELECTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO**  
Ha invertido una suma enorme en ENVASES,  
**QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES**

### FABRICA

<b>CERVEZAS</b>	jada, Ginger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera
Estrella, Lager, Selecta, Double, Pilsener y Sencilla	
<b>REFRESCOS</b>	<b>SIROPES</b>
Kola, Zarza, Limonada, Naranja	Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas

Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA

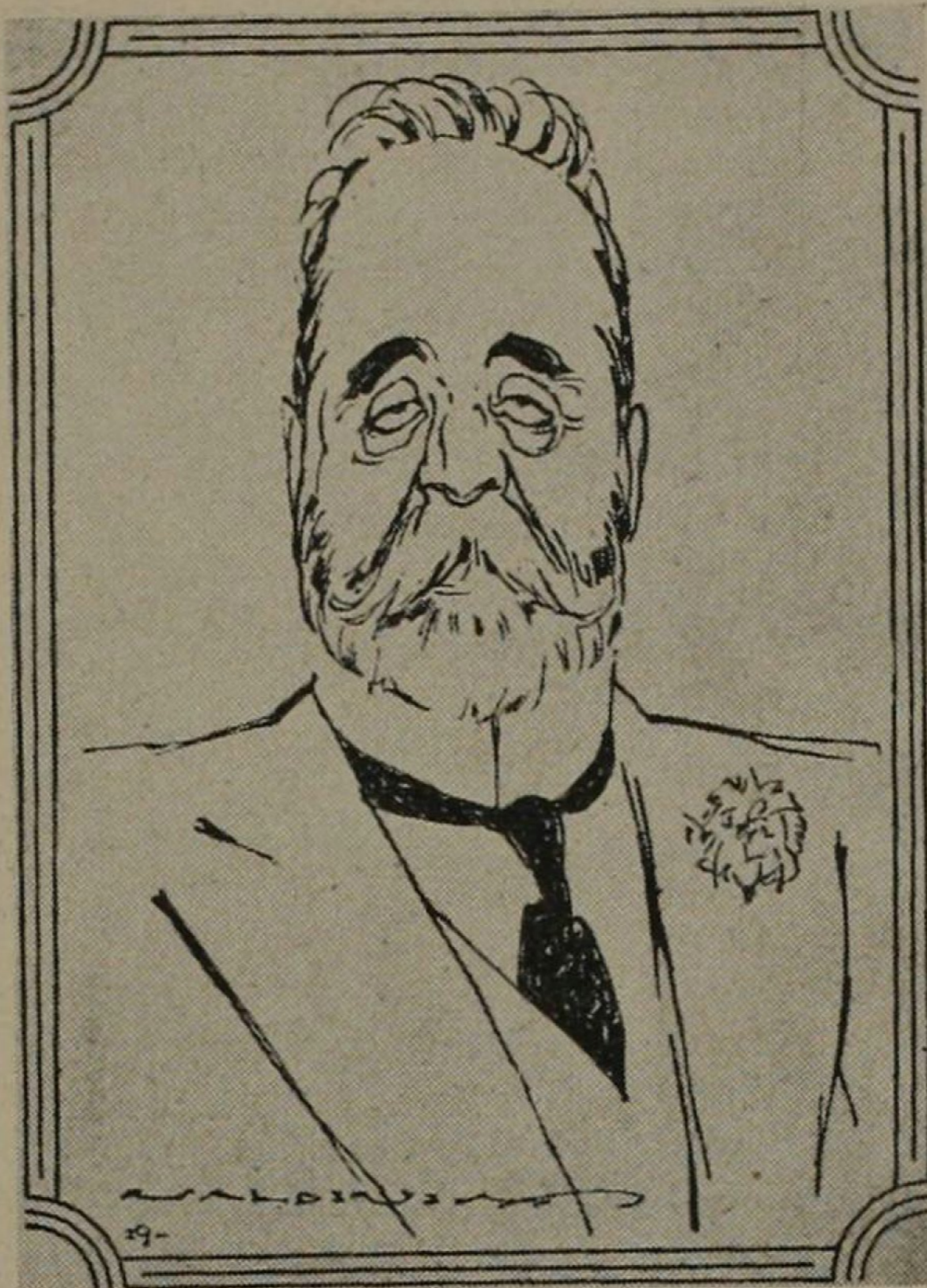
**SAN JOSE — COSTA RICA**

Si una bella muerte honra a toda una vida, según dice el refrán italiano, una actitud bella, asumida con reflexivo conocimiento de su peligro, despoja a una existencia larga de los hechos que la ensombrecen o disminuyen a los ojos del crítico. Esa actitud, al depurarla y elevarla, nos descubrió, de pronto, como en el caso de don José Sánchez Guerra, un fondo íntimo que desconocíamos. ¿Cuántas veces he escrito el nombre de don José Sánchez Guerra en los años que llevo de actividad periodística, para comentar en crónicas anónimas sus discursos, sus ascensiones al poder y sus frecuentes caídas? Lo hacía con la indiferencia que da el hábito, sin que tales acontecimientos, casi regulares en el desarrollo de la política española, detuviesen mi atención o comprometiesen un poco de ese interés emocional que provoca en nosotros el personaje en el cual adivinamos el influjo de una fuerza superior. Se me ofrecía con la máscara ordinaria del hombre público, enredado en las circunstancias ajenas a su voluntad y sobre quien leía, en los diarios y en las revistas de Madrid, opiniones contradictorias que lo sumaban a la masa unánime de legisladores, gobernantes y directores de grupo que definen un régimen—lo que se llamó el viejo régimen—y la etapa histórica de las agrupaciones turnantes. Pero su gesto de enero de 1929, al ponerse frente a un movimiento revolucionario, y la dignidad sombríamente serena con que afrontó las consecuencias de su frustrada aventura, revelaron al mundo, en el anciano valeroso, algo que no se encuentra a menudo en los opacos elencos de la política. Nos revelaron la presencia de un hombre de sentimientos espontáneos, de resolución vivaz, en el empaque decoroso del hidalgo español. Diréis que tanto en la sublevación quebrada en Valencia, como en los detalles posteriores de su esclarecimiento judicial, mostró ser Sánchez Guerra un romántico de líneas netas del siglo XIX. En efecto, es un romántico por la formación de su espíritu, por su cultura, por su concepción de la legalidad, por el despliegue teatral de su conducta en los episodios salientes de su carrera. Deberíamos agregar que su romanticismo, que compone con elegancia estilizada el tipo de una época, tiene una trama quijotil que lo individualiza genuinamente en su calidad de expresión española. Y es esta propensión gentilicia a lo quijotil lo que ha salvado su historia y lo ofrece ahora a la posteridad, no como fué en la urdimbre compleja y monótona de estadista y de funcionario, sino como lo vemos actualmente, en su gallardía de representante moral de una nación. Y tal vez lo que sin ese gesto último hubiese aparecido desnudo de belleza, cobrará una significación distinta al hallársele coherencia con lo que remató su nutrida actuación. Al hilvanar lo que hizo, día a día, visto a través del drama final, se discernirá en su prolongada acumulación esa substancia de idealidad que parecía faltarle y que confería a su política la aridez de un mecanismo brillante y estéril.

Don José Sánchez Guerra comenzó,

## Un hombre y un hidalgo: Sánchez Guerra

—De *Caras y Caretas*, Buenos Aires—



Sánchez Guerra

como los jóvenes de novela que se lanzan a la conquista de una posición en la capital, sin ambiente, sin rumbo, sin visión cierta de sus aficiones y de su capacidad. Llegó a Madrid como un postulante, con recomendaciones en la cartera para gente de privanza en la corte. Nos ha contado en alguna oportunidad la turbación con que subió la escalera en casa de don Gaspar Núñez de Arce, a quien idolatraba con fervor provinciano, y se lo imaginaba tonante y augusto, como en sus sonoras diatribas. Llevaba para el poeta, que se hallaba en la plenitud de su popularidad y de su gloria oficial, una carta de presentación. Su primer encuentro con el poeta le había decepcionado. Don Gaspar Núñez de Arce estaba lejos de ser como lo concebía la juventud en las ciudades lejanas. Pequeño, rugoso, áspero, agrio, se retraía en la conversación y no gustaba disertar sobre letras ni sobre asuntos delectables. Sin embargo, al frecuentarlo don José Sánchez Guerra, adquirió la vocación de la literatura y la posibilidad de incorporarse al núcleo de redactores de *La Iberia*, en cuyas columnas se inició en la ardua profesión de opinar. No tardó en poner de relieve sus aptitudes de polemista y su sentido de la política. Un artículo suyo lo perfiló bruscamente, y desde entonces empezó a contársele entre los hombres computables. Ya era alguien. Escribía con apasionamiento. Discutía sin herir pero sin perdonar; escribía y estudiaba. Con una extraordinaria facilidad para asimilar los libros, las ideas, las frases, esa facilidad temible de los oradores, forjóse una preparación y demostró ser, más que nada, un espíritu abierto y curioso, al que no se sorprendía con novedades si bien su

gusto, disciplinado en una escuela dada, le vedaba la comprensión y la simpatía de lo que se producía en la Europa removida y ardiente de fin del siglo pasado. Una anécdota heroica popularizó su personalidad. Un contrincante ofendió, en una polémica, a su padre. Esto ocurría en la víspera del casamiento de don José Sánchez Guerra. No vaciló en desafiarlo y en afrontar un duelo formulado con rigor. Herido de gravedad, pidió confesión. El sacerdote se negó a absolverlo.

—¿Cómo pudiste olvidar, hijo mío—le preguntó,—el quinto mandamiento, que dice: No matarás?

—Por no olvidarme del cuarto—replicó vivamente,—que manda honrar padre y madre.

Sin duda, esa respuesta, en un momento en que se piensa en la muerte y no se tiene la inteligencia ocupada en combinar réplicas retóricas, acusa el instinto del hombre agudamente dotado para las peleas verbales, la automática compostura del temperamento para la esgrima del estrado parlamentario. Fué liberal, como don Antonio Maura, a quien debía suceder en la jefatura del conservatismo español y, como Maura, gustaba de la tertulia mundana, de la plática fina, de la lujosa pérdida de tiempo en los salones. En realidad, como buen romántico, en su precaria literatura de periodista y su espectacular energía de hombre de acción, le atraía la notoriedad de los círculos aristocráticos, le halagaba verse celebrado y sentirse admirado por la multitud selecta. No lo inclinaba a esa predisposición una vanidad inferior, sino su propia naturaleza. Era un gran señor, un hidalgo castizo, que alternaba con sencillez sincera la asamblea popular y la reunión de los centros distinguidos. A esas modalidades que tipifican, en su manifestación elevada y en su deficiencia, la escuela a que pertenecía y la clase gobernante que calificaba, unía don José Sánchez Guerra la virtud proverbial de la honradez. Después de haber sido legislador, ministro, presidente del consejo, gobernador del Banco de España, después de haber estado en medio de los espesos y crespos negocios a que se presta la política, descendió a la oposición, a la rebeldía, pobre, tan pobre como en las horas difíciles y penosas de su comienzo. «Me he resignado a ser pobre»—dice. Y aun sus enemigos lo saben y respetan en el proscrito voluntario y en el rebelde altivo esa elemental y fuerte honestidad. De no ser así, ¿cómo se explicaría su ascendiente en las muchedumbres y la impresionante repercusión de su acto dramático de Valencia? ¿Le habría absuelto el tribunal militar si no añadiera a su valentía orgullosa la cabal hombría de bien? Si fuese la suya una vida con manchas oscuras, si aun en sus errores de gobernante o de conductor no se advirtiese el desinterés generoso, el desprendimiento que disculpa a veces yerros indisciplinables, sus jueces habrían descargado en el fallo el rigor con que la ley castiga los alzamientos. Se respetó su vida, hermosa por el coraje, engrandecida por la decisión, y se com-

prendió lo hondo de la crisis que trabajó su conciencia de hombre que se consagró a servir a su país de acuerdo con su entendimiento y con su ideal. Juró ser fiel al Rey y la Constitución, y creyó haberlo sido desde 1886, cuando apareció en el Parlamento. Es decir, sirvió dentro del elástico molde de la legalidad, a las instituciones esenciales de la monarquía. Al persuadirse de que el sistema contrario a su tradición política y a sus convicciones individuales perduraba y le obligaba a impedirlo con los recursos de que podía valerse, anunció al pueblo en un manifiesto lo que pensaba respecto del problema español y anunció al Rey, en una carta, el propósito que le animaba. El viejo sostenedor de la monarquía, el consuetudinario servidor y defensor de la clase conservadora, se transformó así, inesperadamente, en un conspirador, en un héroe civil que le

hubiera atraído la admiración de Alfieri y el entusiasmo apologético de los revolucionarios italianos del tiempo de Mazzini. Partió una mañana de un puerto de Francia, sigilosamente, en un barco diminuto, bajo el fragor de la tempestad—como si un sino byroniano gobernara su horóscopo—y llegó a Valencia, solitario, fatigado y vencido antes de haber puesto en práctica su plan audaz. Pero el desastre de su aventura, en vez de empequeñecerlo, transfiguró su individualidad. Don José Sánchez Guerra, al fracasar sin caer en la tragedia, tuvo la fortuna de no caer en lo cómico. Su fracaso lo glorificó, porque puso en descubierto su dignidad humana y lo convirtió en representación del sentimiento español. «En política—dijo don José Sánchez Guerra—hay que saber escoger, saber esperar y saber dimitir». Al decirlo se calumniaba. También saber ser un hombre.

Alberto Gerchunoff

## No discutamos más sobre la crisis y hagámosle frente

Muy estimado Sr. García Monge:

Tengo el gusto de enviarle incluso el artículo titulado No discutamos más sobre la crisis y hagámosle frente, publicado como editorial por El Tiempo de Bogotá.

El autor de ese sesudo escrito, don Eduardo López Pumarejo, es uno de los economistas de Colombia, a la vez que un prominente hombre de negocios. Además de su educación europea, el Sr. López ha tenido desde su adolescencia una vasta experiencia en finanzas y cuestiones bancarias, habiendo sido él mismo desde muy joven gerente de Banco y socio de una firma comercial que en un tiempo exportaba una cantidad mayor de café que la cosecha anual de Costa Rica.

Todo esto, y el hecho de ser persona que está al margen de la política militante, dan gran respaldo a las opiniones del Sr. López Pumarejo, que se tienen en su país por de las más autorizadas.

Pienso que mucho de lo que él aconseja o sugiere para Colombia durante la aguda crisis actual, podría ser aplicable a Costa Rica. Allá como aquí se ha hecho mucha locura en los tiempos de bonanza y mucho bizantinismo en los de estrechez; pero nada práctico que contribuya a solucionar los problemas económicos, o a aliviarlos siquiera. Nada, aparte de palabras. Con la agravante de que los periódicos que suelen hacer su labor diaria a base de reportajes no siempre han servido al público los pareceres más discretos ni los más desinteresados.

Ojalá encontrara Ud. espacio en el Repertorio para el artículo, cuya lectura podría ser útil para los dirigentes.

Le reitero mis votos de año nuevo, y me suscribo su muy atento servidor y amigo,

Camilo Cruz Santos

Cartago, Enero 3, 1930.

YA va para medio año que los linotipos y las más grandes rotativas del país, no hacen otra cosa que repetirnos diariamente que la crisis se debe a la mala administración del doctor Abadía Méndez; a la pésima inversión que dimos a los empréstitos; a la errada actitud de los bancos; a la desvalorización de nuestra moneda por el excesivo aumento del medio circulante; al abandono de la agricultura por el alza de los jornales en las obras públicas y a la importación de víveres al amparo de la ley de emergencia; a la baja del café; al exceso de importaciones; a la falta de una conveniente legislación de petróleos; y por último, que nuestras deudas públicas aumentaron a sumas fabulosas a tiempo que la producción nacional quedó reducida a un minimum.

En síntesis, todos sabemos demasiado cuáles son las principales causas y los efectos posibles de la presente crisis y ya es más que tiempo para que procedamos a hacerle frente reemplazando la

palabra por la acción. Aquí más que todo nos están matando las disertaciones bizantinas que no conducen a nada y a que el pueblo colombiano es tan aficionado.

### Lo que se hizo en Nueva York en la crisis.

—En principio no somos partidarios de citar expositores extranjeros ni aducir como argumento definitivo lo que ocurre en otros países de condiciones enteramente distintas del nuestro, pero ya que los directores de nuestra finanza han aducido razones para adoptar su política actual, nos parece que la última crisis de Nueva York puede servir muy bien para encauzar este debate en forma conveniente. La primera medida adoptada por los banqueros americanos fué asociarse a los poderes públicos para conjurar la difícil situación que se presentaba. El Federal Reserve Bank redujo el interés del dinero, primero en medio punto y viendo que esta medida no era suficiente bajó luego medio punto más.

Los banqueros particulares dieron a sus clientes toda clase de facilidades y trabajaron por contener el pánico ofreciéndoles dinero, y por último, viendo que esto no era suficiente formaron un gran trust para apoyar la Bolsa entrando directamente a comprar valores. El gobierno nacional pidió y obtuvo del congreso una reducción considerable del impuesto sobre la renta y las grandes compañías que estaban en condiciones de hacerlo decretaron dividendos extraordinarios. La industria y el comercio en todo momento recibieron el apoyo franco de las instituciones bancarias y para restablecer la calma, valiéndose del pretexto de dar descanso a los empleados, cerraron la Bolsa por tres días y de este modo lograron conjurar una crisis que parecía capaz de devorarlo todo.

En una palabra, tanto el gobierno como los banqueros y los grandes capitales de las industrias, en vez de dedicarse a discutir por meses privadamente y por la prensa las causas y los efectos de la crisis, pusieron inmediatamente manos a la obra aunando voluntades y recursos para suspender el pánico y restablecer la normalidad.

Es de lamentar que sólo hasta febrero o marzo del año entrante podamos lograr que nuestros dirigentes principien a tomar las medidas que desde marzo o abril del presente debieron adoptar.

En nuestro sentir, para resolver favorablemente la situación actual es necesario acabar con la desconfianza, pero hay que convencerse que para lograrlo es indispensable tomar medidas efectivas contra las causas que la motivan.

No siendo posible obtener en la administración pública los cambios que la opinión unánime del país reclama ahincadamente, debemos por fuerza concretarnos a tomar las medidas que están al alcance de nuestros financistas, sin tener que contar con la cooperación del gobierno, que en casos como el presente es prácticamente indispensable.

### El papel de los bancos en Colombia.

—En primer término, es evidente que el Banco de la República, por sostener un encaje metálico superior a las conveniencias de la hora presente, ha venido produciendo una reducción del medio circulante, en forma tal, que el remedio está a punto de resultar peor que el mal que con esta medida se pretenda remediar.

No nos apartamos de que una sana moneda es base elemental de la economía pública y privada, pero estamos convencidos de que no hay razón para que el Banco de la República mantenga tanto en tiempo de bonanza como de crisis un encaje de más de cincuenta por ciento más alto que el que acostumbran los demás bancos de su índole en el resto del mundo, ni mucho menos que por darnos ese lujo en tiempos difíciles se sacrifiquen la banca, la industria, la agricultura y el comercio hasta llevar el país a una paralización general que puede dar por resultado una crisis económica y fiscal sin precedentes en Colombia. Sin producción no pueden vivir ni los ciudada-

nos ni el gobierno y sin moneda no puede haber producción.

Por consiguiente, no es aceptable la tesis de que podamos indefinidamente reajustar nuestra balanza de pagos exportando todo el oro que sea necesario y dejar al país entero perecer por falta de signos de cambio.

La necesidad primordial de la hora presente es conservar en circulación una cantidad de moneda suficiente para facilitar el desarrollo necesario de la producción nacional en todos sus campos, pues sin producir riqueza no podemos atender ni a los compromisos públicos ni a los privados.

Los Bancos de las Reservas Federales de los Estados Unidos, que son los que generalmente mantienen los encajes más altos del mundo, los mantienen alrededor del cuarenta y cinco por ciento en tiempos de crisis y rara vez pasan del ochenta por ciento en épocas de bonanza, y en cambio, el Banco de la República, en las peores épocas no lo ha dejado bajar del ochenta por ciento y en las buenas ha pasado hasta del ciento veinte por ciento.

El Banco de Inglaterra acostumbra a mantener su encaje relativamente más bajo que el de los bancos americanos, y tanto este banco como el de Francia, en varias ocasiones han tomado dinero prestado en Nueva York para compensar una balanza adversa de pagos, evitando así una excesiva contracción del medio circulante y la consiguiente paralización en sus respectivos países.

No desconocemos la importancia de que nuestros billetes estén tan bien respaldados como recomienda la mejor técnica bancaria del mundo pero no vemos la conveniencia de ser más realistas que el rey ni mucho menos pretender ser más banqueros que los americanos, los ingleses o los franceses.

Estando demostrada la conveniencia de no reducir más el medio circulante para no paralizar todas las actividades del país, el Banco de la República debe apelar a su crédito como lo hacen todos los demás bancos de emisión y no pretender seguir sosteniendo un encaje superior a sus fuerzas, obligando al país a sacrificios enormes y de cierto punto en adelante inútiles.

**Los empréstitos posibles.**—Todos los mercados extranjeros están prácticamente cerrados para la colocación de empréstitos colombianos y se puede decir que de la mayor parte de las naciones de la tierra, pero no ocurre lo mismo para operaciones bancarias, como la que debe hacer en los actuales momentos el Banco de la República. Se trata simplemente de que el Banco no recoja más la circulación de sus billetes o que lo haga de una forma más mesurada y de acuerdo con las circunstancias presentes, valiéndose de créditos o préstamos en Nueva York o Londres para atender el exceso de pedidos de dólares o libras que tenga.

De este modo cesaría la presión continua sobre las cajas de los bancos particulares, que produce la actual contracción del medio circulante y de esta

manera ellos podrán dar sin dificultad las facilidades que su buena clientela está urgentemente necesitando.

Por el conocimiento que tenemos de los banqueros americanos e ingleses estamos completamente seguros que ellos no tendrían hoy inconveniente alguno en dar al Banco de la República las facilidades que necesitare para llevar a cabo el plan propuesto en este artículo.

La persona que aquí comisionaran para hacer esta operación podría hacerles de presente a los banqueros el objeto para que se necesita el dinero, que no es otro que el de facilitar tanto al comercio como al gobierno colombiano la manera de pagar a los americanos y a los ingleses las obligaciones que tenemos con ellos.

Este es un caso clásico en que hay que interesar a los acreedores extranjeros en la mejor manera de resolver las dificultades de su deudor, que somos todos nosotros.

Al mismo tiempo los banqueros particulares también deben apelar al crédito externo para refinanciar las facilidades que actualmente deben prestar a los cafeteros para que no abandonen sus plantaciones ni vendan su grano por necesidad a menos precio.

Esta operación es igualmente fácil de llevar a cabo que la que recomendamos al Banco de la República.

Ahora, dada la circunstancia de que las importaciones al país están prácticamente suspendidas, no hay duda de que antes de pocos meses la demanda de giros por parte del comercio tiene por fuerza que disminuir, de suerte que entonces vendría el Banco de la República a pagar sin dificultad los créditos que ahora obtenga en el extranjero.

La sola noticia de que tanto los bancos particulares como el de la República estuvieran de acuerdo para hacerle frente a la presente situación, valiéndose de los medios que están a su alcance, sería suficiente para restablecer gran parte de la confianza perdida, y al principiar a conceder mayores facilidades al público éste podría volver a trabajar con ánimo y no continuar en el desconcierto general que vemos por todos lados.

E. López Pumarejo

Bogotá, diciembre 9 de 1920.

## Un caso ejemplar

Heredía, 9 de diciembre de 1929.

Señor Presidente de la Sociedad de Maestros Normales

Autorizo a Ud. para que en mi nombre retire de la Administración de Rentas Nacionales el 2.º Premio Bennett para alumnas graduadas del III Año Normal, por valor de \$ 75.00 que me fué adjudicado en este año.

Su valor lo aplico a ayudar al pago de la 2.ª edición de trabajos literarios de nuestro inolvidable Director don Omar Dengo, con cuya ayuda creo corresponder, en muy modesta parte, a las sabias y cariñosas lecciones con que nos distinguió don Omar, y que con tanta eficacia nos prepararon a obtener el título de Maestras Normales a las que nos honramos con habernos llamado discípulas de tan distinguido educador.

Soy de Ud. con toda consideración Atta. S. S.,

Marina Sáenz F.

## La estimación extranjera

Montevideo, 30 de octubre de 1929.

Señor Jenaro Cardona.

San José de Costa Rica.

Mi estimado amigo:

Tuve el agrado de recibir el bello libro de cuentos titulado *Del calor hogareño*, con que Ud. se sirvió obsequiarme. Le quedo muy agradecido, tanto por la obra como por la dedicatoria generosa que avalora dicho ejemplar.

He leído las páginas de su libro, gratamente impresionado por ellas. Su estilo es sencillo —tal como corresponde a un escritor de buen gusto;—posee Ud. el don de la narración, y hay en toda su obra el reflejo de una gran nobleza espiritual. Algunas páginas de su libro me gustaron tanto que las he releído con creciente placer. Créame, amigo Cardona, que su libro *Del calor hogareño* ha encontrado en mí a uno de sus lectores realmente comprensivos.

Vuelvo a agradecer su fina atención y me complazco en saludar a Ud. con alto aprecio. Su amigo

Gastón Figueira.

**STUTZ**

**EL REY DE LOS AUTOMOVILES**

POTENCIA - LUJO - CONFORT - ECONOMIA  
EXISTENCIA COMPLETA Y PERMANENTE DE REPUESTOS

**PRADILLA & Co.**

**TELEFONO 3651**

*Dasterria Cárdenas*  
*Tel 3649*

ANTE los ojos del mundo sepultado en las trincheras de 1914, Clemenceau fué un apóstol, un Mesías, un Salvador.

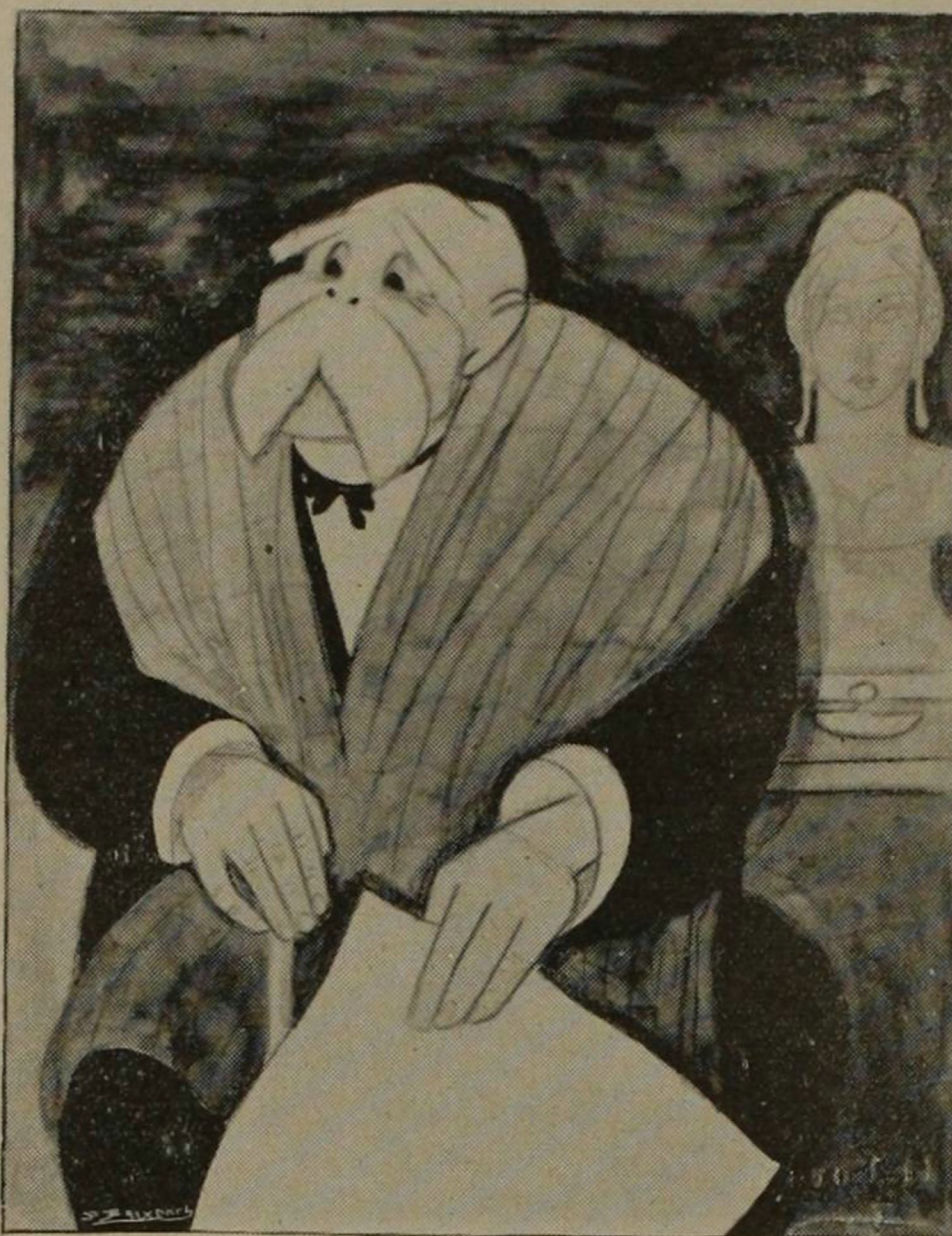
Zolá decía de él: «Es un espíritu científico, de efectivo valor. Avanza con el siglo. Yo lo colocó en el primer rango de los hombres nuevos. En el Parlamento es uno de los que hablan la verdadera lengua del orador moderno, una lengua de claridad, de precisión y de lógica. Yo creo que sus discursos son superiores a los de Gambetta, justamente porque son sencillos y no se ahogan en ninguna retórica».

Anatole France: «Flexible y diverso de espíritu. Vivaz e imperioso de carácter. No he de enojarle si digo que hay muchas cosas que él preferiría al poder. Posee el sentido de la acción y se puede asegurar que vivir, en su concepto, es obrar. Pero, al propio tiempo, es un filósofo que tiende a la acción intelectual, más de lo que sería menester a un Jefe de Gobierno y a un jefe de partido. Estas tendencias filosóficas las ha mostrado en su rol de Ministro del Interior, cuando, antes de ser Presidente del Consejo, dio carácter y fisonomía a todo el Gabinete. Es entonces que ha opuesto a los socialistas la doctrina de un agnosticismo social, sin duda grave y melancólico, pero extraño, seguramente, a todos los Jefes de Gabinete que se han sucedido en Francia, desde el establecimiento del régimen parlamentario. No hace mucho, precisamente, en su discurso de Cogolin, ha mostrado más pyrrhonismo que todos aquellos que sufren del actual estado social. Clemenceau no tiene igual en talento y energía. No es esto, en verdad, lo que mantiene en las alturas del Estado a los Jefes del Gobierno. Aunque no ha variado nunca sus doctrinas y es siempre, como en 1870, republicano liberal y patriota, sorprende por lo imprevisto de sus ideas. Inmutable en sus principios, demuestra en su aplicación una agilidad desconcertante. La unidad profunda de su espíritu está llena de contrastes aparentes. Liberal de nacimiento, liberal aún antes de nacer (puesto que viene de una línea heroica de azules), es por carácter y por espíritu hombre de autoridad. Es revolucionario y execra la demagogia. Humano, generoso, sencillo, es, al mismo tiempo, implacable e indómito. Filósofo y generalizador, presta al detalle de las cosas una actividad minuciosa. Es terrible y encantador. Atrae y asusta. Es el más nervioso orador de su tiempo».

El Presidente Poincaré: «Clemenceau salvó a Francia».

## Clemenceau ante la historia

(Envío del autor)



Clemenceau

Caricatura de Massaguer

## Georges Clemenceau se muere

(Envío del autor)

—Policia, ¿por qué no se puede pasar por esa calle?

—Porque M. Georges Clemenceau está grave y probablemente se morirá esta noche.

Yo no sabía que vivía a la vuelta de la esquina del gran Clemenceau, del amigo de la guerra, del luchador vencible solamente por la muerte. A cien varas de este mi cuarto se revuelca el Tigre con la muerte corporal.

—Policia, ¿por qué dejan ya pasar por esa calle, es que ya está bien M. Clemenceau?

—No señor, es que ya ha muerto.

Y fué su última voluntad que lo enterraran de pie, como lo hicieron con su padre; fué su última orden sobre los hombres, la de estar siempre de pie, de pie aun en la muerte.

A los pies de su cama, dice el periódico, están inconsolables la hermana Theonest, la enfermera que no ha cesado de rezar por él, Alberto su criado y Brabant su chauffeur. Han venido a visitarlo todas las personalidades de Francia; cada una ha tenido oportunidad de decir algo oportuno... Estas grandes muertes, es duro decirlo, pero tienen un no sé qué de fiesta nacional.

Clemenceau, el discípulo de Demóstenes, ya no cultivará sus rosas en la quinta de recreo; las llamaba con los nombres de los floricultores apagados en la guerra.

—Policia, se ven unos pétalos y unas hojas maltratadas por los autos en esa calle...

—Fué que de aquel pequeño apartamento llevaron al cementerio al hombre más grande de la Francia.

Y esta llovizna gris desde hace tres días!

Max Jiménez

París, Nov. 1929.

El propio Jaurés: «Conozco sus calidades de carácter y de espíritu: su viva inteligencia, la energía de su voluntad y el impulso obstinado con el cual ha vuelto ha erguirse, tras un momento de mala fortuna y de calumnia. El heroísmo de trabajo, que le ha permitido vencer la injusticia de los hombres, constituye un hermoso ejemplo a seguir, sobre todo, para los hombres de combate, entregados a las borrascas y sorpresas del destino, a la violencia de las ciegas pasiones y a la traición y odio de los partidos».

El Presidente Wilson: «Admiramos la potencia de su dirección y la fuerza y el sentido de su acción. Quienes le han visto trabajar en los últimos tiempos, saben hasta qué punto está unido a nosotros y con qué ardor trabaja por lo mismo que trabajamos todos: por liberar a la humanidad de la espantosa carga que pesa sobre ella».

Bismarck: «¿Ese?... Ese es un hombre al que hay que vigilar...»

Octave Mirbeau: «Artista, filósofo, nutrido de una fuerte cultura científica, apasionado de la vida, dotado de un sentido crítico muy seguro y de un entusiasmo generoso, habiendo pasado su existencia en la compañía espiritual de los más grandes pensadores de la época e instruido por largos viajes en que la observación personaliza, desenvolviéndolos, los conocimientos atesorados, nadie mejor que Clemenceau estaba preparado para ser el escritor de *La refriega social*, de *Los más fuertes*, de *Las acechanzas de la vida* y de *El Gran Pan*. Conoce la significación de las cosas y su fatalismo en la naturaleza terrible y bella, el destino de los seres, víctimas del mal universal. Sabe que la yerba que pisa y la flor que aspira, están hechas de millones de muertos acumulados y sabe también de cuántas injusticias y violencias está amasado el dolor humano, que no cesará ¡ay! sino cuando cese el universo».

El Kromprinz: «El más grande enemigo de Alemania no ha sido Francia ni la Gran Bretaña ni los Estados Unidos ni todos los Aliados juntos. No ha sido el número de los ejércitos aliados ni los millares norteamericanos ni el mundo entero. El más grande enemigo de Alemania, causa única de nuestra derrota, ha sido ese viejecito rabioso, rudo, violento y testarudo, que dirigía desde su escritorio, de Ministro de la Guerra francés, el destino del más grande acontecimiento de la historia».

Todo esto fué Clemenceau para

(Pasa a la página 32)

## Elegía ditirámbica

(Simón Bolívar)

*¿Pretendéis enterrar a aquel pa-  
ra quien toda piedad está vedada?*

SÓFOCLES: *Antígona.*

Por las playas de América  
diez atlantes avanzan  
sosteniendo en sus hombros un féretro.  
De un lado se levantan los Andes;  
del otro lado el mar moja el agua del cielo.

Reina la tarde tropical. La enorme  
tela desos crepúsculos que el viento  
borra y pinta y enrolla  
para desenrollarla sobre el otro hemisferio.  
En ninguna parte aquellos hombres  
hallan noble reposo para el muerto.  
Bajo una agua de sol  
va el cadáver del Genio.  
Y parecen llevar una montaña  
así van desacoplándose sus músculos por el esfuerzo.  
Cuando se acercan a las orillas  
turríferas de los puertos,  
los hombres los escupen  
y amenazan con el fuego.  
Hace cien años,  
atravesando el corazón desos pueblos,  
pasó aquel hombre con las manos iluminadas,  
los ojos crecidos y la voluntad inexpugnable como el misterio.  
¡Jamás los hombres  
vieron nada más grande bajo el cielo!  
Tenía

un bien entonado nombre griego  
y el apellido, en vieja lengua éuskara,  
significa lugar de molinos.  
Yo he nacido para cantar en las plazas  
de ciudades y pueblos  
la vida mágica de aquel hombre  
como jamás los hombres así vieron.  
¡Canta, oh musa, la cólera sagrada  
de quien no tiene idioma  
y conoce todos los ritmos del silencio!  
Desde el mástil más alto  
del buque sinfónico del recuerdo,  
—ya enfilado a la próxima estrella—,  
pienso en el Héroe de los altos sueños.  
Su infancia fué un juguete doloroso;  
su juventud,—riqueza, amor y viajes—,  
un fastuoso relato de cuento,  
y la madurez el texto fabuloso  
en que fueron rendidos todos los sueños.  
Enérgico y gentil. Así la flecha  
que rompiera la rodela del tiempo.  
Su elegancia suscita nombres hermosos;  
su conversación era una copa de luceros.  
Sabía domar potros y atravesar a nado los grandes ríos.  
Sobre la catarata del Tequendama  
halló su agilidad un fantástico juego.  
Guerreó por la libertad humana  
entre los volcanes ecuatoriales, delirante y gigantesco.  
Generoso como el Sol. Buen bailaror.  
Su cortesía,  
un aire de magnolias sobre el camino de la selva.  
Las mujeres cruzan por su vida  
con dulces predominios sobre el más alto cielo.  
Su pensamiento electrizó la atmósfera  
de los días serenos  
y sus meditaciones proféticas  
desbordaron el vaso oscuro del tiempo.  
Nunca los hombres  
vieron nada más grande bajo el cielo.  
Su corazón era sensible  
cual una agua de oros en las manos del ruego.  
Sintió sobre sus labios  
quebrarse las palabras del Universo,  
y tenía el alma trágica y clara



Simón Bolívar

Visto por Rendón

Caracas, 28 de octubre.—*Onomástico del Libertador. ¡Pobre Bolívar! Cuando nació no tenía patria: ser español de las Colonias no era ser español, o era ser un español disminuido, vergonzante. Quiso hacerse una patria tan grande como él mismo, América, el continente de nuestra raza y de nuestra lengua. Quiso que esa enorme patria, libre, unida, fuerte y sabia, llegase a ser uno de los pueblos que, alternativa o simultáneamente, llevan la batuta en los negocios de nuestro planeta. Hombres, pueblos localistas incapaces de comprenderle, lo acusaron de ambicioso y convirtieron la América española en una vía láctea de países microscópicos. Este Universo de republiquetas ha sido por sus desórdenes durante el siglo XIX escándalo del mundo. Los vencidos en Sedán—que han podido emplear su esprit en criticar la fundación por asalto, el desarrollo por ampulosidad y la caída por derrota del Imperio de Napoleón III, tomaron a chacota el nuevo mundo español. El imperio de Napoleonismo vodevilesco del segundo Bonaparte, llamó de opereta a aquellas repúblicas. Inglaterra, más práctica y en política más inteligente, se contentó con explotarlas. Alemanes y yanquis las consideraron campo de posible expansión imperialista.*

*¡Qué contraste con el pueblo de Washington! Washington, el más pequeño de los grandes hombres, quiso para su país una vida retirada, modesta, ajena a los grandes combates e ideales de los pueblos por el dominio del mundo y el imperio y difusión de la propia cultura.*

*¡Y este pueblo será el que realice en América—y a costa nuestra—lo que para nosotros quiso Bolívar! En cambio—ironía—nos toca el modesto ideal de Washington, que era el viejo ideal egoísta del místico español:*

Vivir quiero conmigo.

**R. Blanco - Fombona**

(De la obra *La novela de dos años*. 1904-1905. Madrid. 1929.)

de las fuentes del desierto.  
La Cruz del Sur iluminó su sombra  
y todos los Andes le conocieron.  
En los días aciagos,  
hirió al destino con los huracanes de su genio.  
Amó a su América como nadie la ha amado,  
y semejante a Quetzalcoatl el divino,  
se quemó en la pira de un sublime fuego.  
¡Jamás los hombres  
vieron nada más grande bajo el cielo!  
La traición y la envidia le desgarraron el alma  
y pueblos que iluminó, le maldijeron.

Sus últimos días se cortan en abismos  
 llenos de gritos altísimos dinamitados en el viento.  
 Ruinas de Sol, ruinas colosales,  
 ruina de un alma divina entre el desorden del Universo.  
 Algo de Dios sea en mí para evocarte,  
 ¡oh Príncipe de los más altos sueños!  
 Tus funerales siguen en marcha  
 entre el mar y los Andes, junto al agua y junto al cielo.  
 (La Aurora sale del mar  
 con un trágico gesto  
 y la Noche engrandece su severidad noble  
 en la solidez monumental de los cedros.)  
 Leguas libres camino  
 tras el grupo soberbio, y encuentro solamente  
 infamia y miseria, oprobio y traición y poderío sangriento.  
 Disminuidos por el odio  
 viven los hombres que aliaste con tu gloria y tus sueños.  
 ¿Araste en el mar?  
 ¿Sembraste en el viento?  
 Nadie amó tanto como tú, y así, nadie  
 se ha sublimado en un dolor más opulento.  
 Padre. Amigo. Maestro.  
 Reina la tarde tropical. Camina

sólidamente el cortejo.  
 Bajo la máscara de oro  
 se pudre el rostro del Genio.  
 Con la primer estrella  
 se agota el mar. En una nube  
 se funden tres colores que retoñan  
 por el oriente. Rueda,  
 un aire de laurel. Ligan la sombra  
 los triángulos fecundos de los Andes.  
 Todavía una ola  
 saló la arena y espumó la orilla.  
 Se dispersó el dibujo de las cosas  
 profundamente. De una enorme nube  
 brotó una estrella enorme. Negra y rota,  
 la testa de un volcán varió perfiles  
 al paso de una nube. Y entre toda  
 aquella arquitectura desplomada,  
 sigue el cortejo atlante,—relieve en vivas sombras—,  
 por las playas de América, malditas y apagadas.

Carlos Pellicer

9 de diciembre de 1924.

(De la obra *Hora y 20*. Editorial *París-América*, 1927.)

## El Miedecito de la Gacela (\*)

(Envío de la autora)

EL Miedecito de la Gacela, su lindo  
 miedo pequeño, le saltó, mientras ella  
 dormía, del testuz donde estaba acomoda-  
 do entre las dos orejas; se bajó de allí,  
 con su tamaño de medio metro, y lindo,  
 como salido de su madre, y dejó por la  
 primera vez sin miedo a la Gacela que  
 dormía.

Pisó la hierba seca del llano con des-  
 confianza; vaciló algo al echarse a andar,  
 pero se dió cuenta de que podía caminar.

El campo venía en unos gratos golpes  
 de olor, y el Miedecito de la Gacela, con  
 sus narices abiertas de hijo de ella, olía  
 con dicha.

Estaban los álamos quietos como deva-  
 naderas paradas de la tierra, que hacían  
 una pausa, los álamos que hilan la brisa  
 de mejor calidad, la brisa perfecta que  
 es la que apenas se siente, y cuya labor  
 de encaje es el quintral (1) fuerte y bien  
 ceñido.

El Miedecito de la Gacela se acercó,  
 y ellos se crisparon de abajo arriba,  
 como para sujetar lo suyo, y en el enco-  
 gimiento se pusieron blancos. El Mie-  
 decito los miró un momento, le pare-  
 cieron demasiado altos, y se alejó con  
 los pasitos suyos, pasitos de pata dura y  
 redonda que es el mismo de la Gacela.

La tierra que es pesada y que duerme  
 mejor que nosotros, no se dió cuenta de  
 esas patitas nuevas, patitas de Ángel  
 cuadrúpedo que pasaban y en una parte  
 en que la tierra estaba desnuda, él se  
 dió cuenta de esa cosa muy grande y  
 dura, que se toca y que no responde nada.

El Miedecito de la Gacela llegó a un  
 agua de riego encharcada, que por ser de  
 esa misma noche, era pura, y se paró a  
 verla. El agua se encarrujó, se llenó de  
 puntitos de espectación, y se arrugó des-  
 pués, con ganas de recogerse y doblarse  
 como un pliego. El Miedecito de la Ga-  
 cela pudo haberse visto en el agua y

conocerse, cosa buena para no tener  
 también miedo de sí; pero el agua así  
 encogida no le dejó mirarse.

El Miedecito caminó enseguida ya con  
 más seguridad, se puso al trote, y la  
 humedad que subía en una niebla densa,  
 tuvo miedo y se rompió por todas par-  
 tes, se abrió como tela vieja; dejó ver  
 hacia un lado un bosquecillo, más allá  
 un peñasco patético en mitad del llano,  
 y luego una aldea. El Miedecito de la  
 Gacela, lo mismo que con el agua enco-  
 gida, no supo que eso se rasgaba así a  
 causa de que él iba pasando.

El Miedecito miró a la luna, la miró  
 bien fijo, sin entender aquello blanco e  
 impertinente que estaba allí, y la luna,  
 lejos y todo, sintió algo que le puso  
 en torno un circulito amoratado que  
 la volvió muy otra.

El Miedecito de la Gacela se metió  
 más adelante a la aldea que le saltó al  
 camino, y con su tamaño de medio me-  
 tro pasó debajo del campanario y por  
 el cuartel de piedra, sin miedo, porque  
 no los había visto nunca, y después fué  
 parándose en casi todas las puertas de  
 las casas que tenían niños detrás de ellas  
 y ninguno de los niños tuvo miedo por-  
 que ya su piel no era delgadita y si el  
 Miedo se les parase encima no lo sintie-  
 ran tampoco, y si lo sintiesen no lo  
 vieran, porque les han contado que el  
 Miedo se ha acabado. Sólo uno, pero  
 era una niña, se volteó en la cama, saltó  
 y dió un gritito de grillo.

Era una niña de cabello largo y lacio  
 de hierba, cabello que viene, dicen, de  
 tener el corazón suave, y a la que las  
 pestañas le estaban siempre batiendo. La  
 niña oyó al Miedecito que tanteaba  
 contra la pared del cuarto como una  
 abeja cogida, y dijo: «Es uno de los  
 Miedecitos del mundo el que está aquí,

un miedo más pequeño que yo, pero que  
 puede conmigo.» No llamó a la madre  
 que estaba cerca ni despertó a los mu-  
 ñecos que estaban tirados por el suelo;  
 sentía cierto gusto de tener miedo, como  
 cuando, con la cabeza metida en un  
 matorral de palquis, la revoltura le daba  
 miedo, pero ella no sacaba la cabeza ni  
 la adentraba más tampoco. Buscó al Mie-  
 decito que seguía tanteando en la oscu-  
 ridad como una abeja borracha, y el  
 Miedecito la buscaba también, a ella  
 aunque nunca la había visto, y se abra-  
 zaron pechito contra pechito, en la cama  
 de tajada que nunca había tenido a dos.  
 La niña tiritaba un poco, pero no que-  
 ría que *aquello* se fuese, porque era el  
 Miedecito de los niños que hace mal y  
 que gusta a la vez.

Así se quedaron abrazados en su ca-  
 mita de lonja hasta la borronadura de  
 las estrellas. Entonces el Miedecito de la  
 la Gacela dió un salto al suelo, se echó  
 por la ventana, y corrió, y corrió por el  
 campo, hasta llegar al escondedero de  
 matas donde estaba la Gacela ya para  
 despertar.

Ella había dormido sin sentir el clavo  
 que el aullido del lobo hace en la noche,  
 ni el canto de los grillos, cada uno de  
 los cuales le tira de un pelito del lomo.

El Miedecito de la Gacela saltó a su  
 madre al testuz, en medio de las orejas,  
 donde ha estado siempre, entrándose  
 por él a su cuerpo.

Ya era de día y la Gacela se levantó  
 para buscar hierba fresca.

Allá va, por un abra desnuda del  
 campo, con el costado que le salta de  
 miedo; va a beber el agua con el pequeño  
 belfo que sube y baja de miedo; y al  
 cruzarse a los cazadores, que madrugan,  
 con el cuerpecito, de la cola a las ore-  
 jas, claveteado entero de miedo.

(\*) Nuestro huemul es un ciervo pequeño, vale decir,  
 una Gacela.

(1) Quintral, parásito de color rojo del álamo chileno.

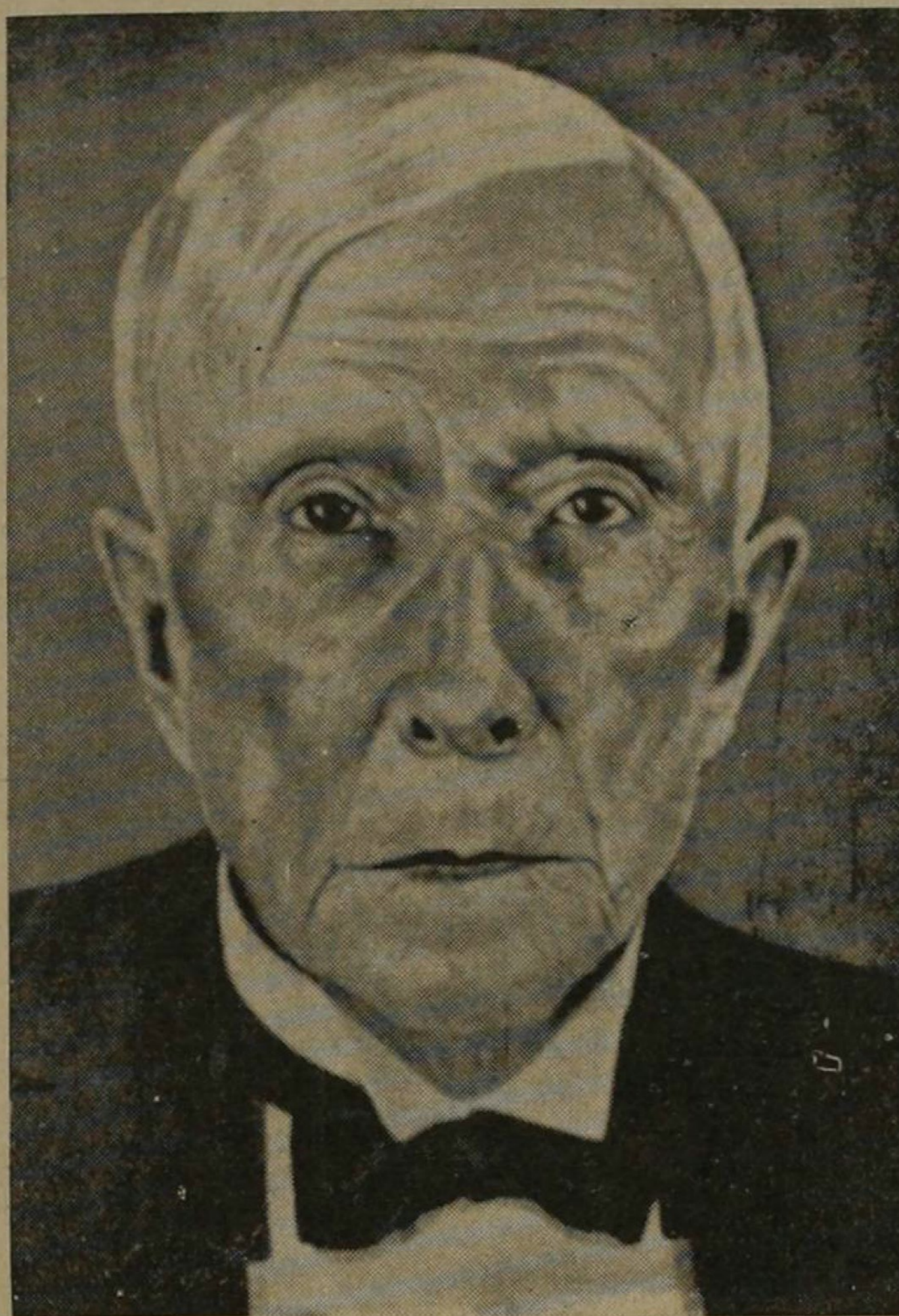
Gabriela Mistral

## Estampas

### Otra vez con Rockefeller

PARA muchos lectores del *Repertorio* el escritor don Mario Sancho, al enviar desde Boston sus comentarios a una de estas *Estampas*, nos puso la paletilla en su lugar. La vida de los millonarios norteamericanos no tiene nada de trágico. Ese sentimiento lo despierta la pasión que domina nuestras reflexiones. La paz más serena beatifica esos personajes poniéndolos cada día más cerca de Dios. Tienen la gloria ganada. Hacen caridades. De la riqueza que acumularon han hecho un empleo social edificante. Sólo la pasión puede empeñarse en hacer sombría las imágenes de esos ejemplos de fortaleza y clarividencia. El señor Sancho ha hecho bien en nutrir de datos convincentes sus comentarios.

Sin embargo, el juicio que diéramos acerca de esas existencias doradas en nada ha variado después de las severas opiniones contrarias del señor Sancho y de la aprobación que a ellas han dado muchos lectores inteligentes. Y es que las leíamos en octubre, tres meses después de haber entrado en la serenidad nonagenaria el señor Rockefeller, uno de los favorecidos con el elogio venido de Boston. Para el aniversario, el *Magazine* del *New York Times* ornó su primera página con un relato de la vida del forjador del «octopus». Había que ponerle música sagrada y el periódico la encargó a P. W. Wilson, su colaborador infatigable. Cómo exalta allí el escritor la austeridad y la grandeza de Rockefeller, el «Solitario de Pocantic». No podía seguir otra conducta. El *Magazine* está escrito para el gran público norteamericano que lo lee los domingos en los parques para dejarlo luego abandonado sobre los asientos. A ese público hay que perfilarle enérgicamente al capitán de industria que ha llevado a un grado de desarrollo tremendo la prosperidad de los Estados Unidos. Por eso el escritor P. W. Wilson diluye en su artículo no el examen austero, sino el elogio reticente. Mas, el que con ánimo despierto quiera ver el fondo de esas vidas atormentadas no se informará simplemente en comentarios calculados para el gran público, sino que pondrá su penetración filosófica en fuentes de mejor trascendencia. Sorprende que el señor Sancho, escritor bien leído entre nosotros, se contente con traer a sus lectores una información tan pobre e infantil como la del «escritor americano». A ningún espíritu inquieto llevará la admiración por el «Solitario de Pocantic» un relato semejante. Cuando empezamos a leer al señor Sancho, creíamos que su admiración por los millonarios le venía del estudio profundo de esas vidas. Cuando terminamos de leer su en-



Rockefeller

Al cumplir el 90º aniversario de su nacimiento

sayo sobre el «Solitario» nos afirmamos más en nuestro juicio y nos dolimos de que quien pretendió darle el golpe de gracia, no hiciera otra cosa que repetir lo dicho por el escritor P. W. Wilson. Y para que los lectores en quienes han quedado haciendo efecto las bien presentadas palabras del señor Sancho, no nos atribuyan falsedad en nuestra aseveración, vamos a transcribir los párrafos siguientes, siendo el inglés de P. W. Wilson y el español, del señor Sancho.

«Heaven help the rich man», he has said, «who does not regard his wealth as a trust for mankind».

«Dios salve al hombre que no considera su riqueza como un depósito que invertir en provecho de la humanidad.» «Tal es su máxima favorita».

«The common belief that Mr. Rockefeller spent two-thirds of his life making money and the other third in ridding himself of it, is, however, based on a misconception».

«Del último se dice que ha empleado dos tercios de su vida en hacer dinero y uno en deshacerse de él».

«The attitude of Mr. Rockefeller toward money recalls the career of Cecil Rhodes. Both men frankly revealed in the zest of acquisition. They were delighted, as it were, to see their score piling up. But

both men came to regard their money as a symbol of other achievement. To Cecil Rhodes success in mining meant a consolidated South Africa. To Mr. Rockefeller, success on the oil field meant an organization industry».

«Oigamos lo que a este respecto dice un escritor americano: La actitud de Rockefeller hacia el dinero recuerda la carrera de Cecil Rhodes. Los dos gozaronse francamente en el placer de adquirir, pero los dos también vinieron a considerar su dinero como un símbolo de sus hazañas. Para Cecil Rhodes el éxito en la minería significó una Sud Africa consolidada. Para Rockefeller el éxito en el campo del petróleo, una industria organizada».

«So with the gifts. To date, they have totaled, roughly, about \$ 750,000,00-00».

«Hasta la fecha lleva gastados 750.000,000-00 de dólares».

«A centralized corporation», so he asserts, «is a necessity of progress. It is simply and solely a question of efficiency».

«Todos están de acuerdo con Rockefeller en que «una corporación centralizada es una necesidad de progreso, una cuestión pura y simplemente de eficiencia».

Lo demás de la existencia del «Solitario», apacibilidad, frugalidad, sobriedad y orden, también

lo ha tomado el señor Sancho de las páginas inspiradas de P. W. Wilson. Sólo que se quedó corto en reproducir tanta faceta como tiene esa vida ya nonagenaria. Posiblemente le fastidió aquello de que el «Solitario» pesa 200 libras; de que digiere admirablemente; de que no ha sido nunca sometido a dieta rigurosa; de que se abstiene de tomar alcohol; de que por lo demás bebe y come lo que apetece; de que saborea lo que otros a su edad no pueden saborear, una tajada de queque de fresas; de que gusta de caugrejos en salsa mayonesa; de que juega solitario después de las comidas, como un sedativo mental y físico admirable; de que se levanta a las siete de la mañana; de que se llena los bolsillos de los pantalones de monedas de cobre y níquel para distribuir diariamente a los niños como una forma de predicarles el ahorro. Todo esto es parte de la existencia del «Solitario» que tanto ha movido al señor Sancho a revelarse contra una *Estampa* inofensiva.

Es cierto que por no tener entonces la información periodística del aniversario del «Solitario» llamamos trágica su existencia. Mas después que la hemos leído duplicada seguimos considerándola doblemente trágica. Porque nuestras reflexiones parten de una elevación que aspira a ponerse en contacto con la verdad. Y es difícil que a cierta altura sople el viento de la pasión. Hay, sí, corrientes enardecedoras, pero ellas hacen despuntar en nuestra vida el ala de la serenidad. Con ella bajamos a las honduras sombrías del «Solitario de Pocantic», ex-habitante de Richford.

Cualquier biógrafo que no escriba para encargo de aniversario dirá del nacimiento del «Solitario» cosas sencillas como ésta: «El bloqueo de Richford, en el Estado de Nueva York donde Rockefeller vino al mundo el 8 de julio de 1839, hijo de un simple comerciante, se parece a otros muchos: dos ventanas, una puerta pequeña y en el interior dos habitaciones». En la *Estampa* que movió el comentario del señor Sancho, decíamos que esas existencias doradas venían al mundo no sobre lechos de rosas, sino en hogares paupérrimos. ¿No fué así el de Rockefeller? Las fuentes de información que hemos consultado nos dicen que sí. No afirmamos, por eso, una mentira. El niño Rockefeller salió de la aldea en donde nació, medio analfabeta y fue a completar a los catorce años de edad su aprendizaje de lectura, escritura y aritmética, en un colegio de comercio de Cleveland. Nada hace presumir que la más dura pobreza no fuera su tormento durante muchos años. Si el hogar norteamericano de hoy

ha barrido por completo la miseria. ¿puede asegurarse que hace un siglo en la aldea de Richford no se señoreara esa princesa de la dinastía del harapo? ¡Y cómo es de tremendo el envenenamiento que deja en la sangre la mordedura de la pobreza! En un espíritu como el de Rockefeller, venido al mundo nada más que a perseguir desafortunadamente el oro, ese envenenamiento fué feroz. Al hombre lo consideró simplemente como un instrumento de lucro, indigno de continuar a su servicio una vez que ya no diera rendimiento. Su primera sociedad comercial la formó con los hermanos Clark, asociando después, cuando emprende en el negocio del petróleo refinado, al técnico Andrews. Pues los hermanos Clark, los que habían puesto capital y pericia, son eliminados de los nuevos negocios petroleros cuando Rockefeller comprende que ellos deben participar de los beneficios de la gran industria en nacimiento. Conserva al hombre que sí le servía por tener el secreto de refinar petróleo. Los demás, a un lado. Son cosa despreciable. Sirvieron, pero ahora lejos de su camino. Así estima Rockefeller al elemento humano en los días en que va perfilándose su figura de magnate incontenible.

Después, concebido ya en grande el negocio, su lucha es desahogada. No imaginen los que se conmueven de verlo hoy nonagenario y entretenido en juegos inofensivos en su residencia de Pocant Hills a orillas del Hudson, que fué el impulso creador de un genio el que abrió paso a una sociedad tan inescrupulosa como la *Standard Oil Company*. Rockefeller, el de la *Rockefeller, Andrew & Flager*, fue un hombre capaz de concebir y poner en práctica los más sombríos proyectos para hacer triunfar sus negocios de petróleo. Pone en práctica el principio de distribuir por medio de tuberías y no de barriles el petróleo que ha de destilarse. No es para él obstáculo la legislación de los Estados de Cleveland o de Ohio que le impiden pasar por sus territorios las tuberías distribuidoras. ¿Para qué esas legislaciones limitadoras del crecimiento del poderío de su negocio? Rockefeller entonces burla la Ley valiéndose del «principio que siempre ha servido de norma» al magnate, el de la dádiva corruptora.

Ya en 1870 le ha tomado el pulso a su empresa y la encuentra capaz de una transformación total. La llama *Standard Oil Company of Ohio* y la concibe como un poder para destruir todas las demás empresas competidoras. Procede despiadadamente. Se apodera de todas las canalizaciones, construye nuevas y obliga así a las demás compañías petrolíferas a ser

sus tributarias, a padecer el vasallaje de la *Standard Oil Company of Ohio*. Veamos como pinta esta lucha Richard Lewinson: «Pero las canalizaciones no son nada más que una parte de los medios de transporte; lo más importante por el momento es todavía la expedición del petróleo por los ferrocarriles. Aquí es donde Rockefeller emprende con la competencia una lucha que no retrocede ante el empleo de los medios más rudos y viles. John D. Rockefeller procede exactamente como John Pierpont Morgan en el negocio del carbón y obtiene forzosamente para su petróleo autorizaciones especiales, reducción de tarifas, rebajas indirectas. El procedimiento es en verdad ilegal, pues las compañías tienen la obligación de establecer los mismos precios para todos los clientes; pero asimismo se pueden soslayar esas instrucciones por medio de obsequios a los empleados de las compañías y corrompiendo a los inspectores. Y si por casualidad una Compañía opone una exagerada resistencia, se la combate de un modo sistemático y se favorece directa o indirectamente a las líneas rivales. Se emplea asimismo medios más brutales, y se perjudica al adversario hasta el límite del crimen vulgar».

Fortalecida de esa manera la empresa, Rockefeller va rápidamente sometiendo a la capitulación a las demás compañías petroleras hasta conseguir formar en enero de 1882 el *Trust* del petróleo. Formidable organización, resumen de los más siniestros impulsos que pueden salir de un hombre. «Por donde quiera que la *Standard Oil Trust* aparece, los competidores que hasta entonces se conservaron independientes, sienten que les invade el miedo, y que el aura de la muerte sopla sobre ellos». El «octopus» desarrolla su voracidad y lleva la ruina sobre millares de hombres empresarios de petróleo y comerciantes. No tolera la existencia de ningún comercio que no esté vinculado a esa organización siniestra. Es implacable en el monopolio. Rockefeller no lo ha concebido como una organización que despierte en los hombres el sentimiento de la cooperación, sino como una vasta fuerza omnipotente capaz de acumular en sí misma todos los rendimientos posibles de una industria fecunda. Los intermediarios deben desaparecer y el «octopus» ha de quedar reinando sin ley ni moral.

Pero es tan miserable la entraña de ese *Standard Oil Trust* que el pueblo norteamericano levanta su condenación contra el hombre que la ha forjado. Se le buscan asideros a su ruina y cunden los

procesos con fallos que ordenan la disolución del *Trust* siniestro. Pero Rockefeller, que nunca «se ha dejado freír en su aceite», ni de joven ni de senil, hace burla de esas impertinencias judiciales. Viene la ley Sherman prohibiendo la extensión de las sociedades económicas a más de un Estado y parece entonces que se ha dado un golpe en la columna vertebral del «octopus». Lo ven inmóvil y vencido, pero Rockefeller con su poder camaleónico hace variar la apariencia del *Trust* y se burla de la Ley.

En cuanto los ánimos condenatorios se han apaciguado vuelve ostensiblemente a la conquista, pero la misma persecución de antes lo acosa con Roosevelt de Presidente. De esta vez cae sobre Rockefeller la sentencia que lo reduce a prisión. «Pero en América sucede lo mismo que en Nuremberg, en donde se dice que si se quiere ahorcar al culpable hay ante todo que cogerle. Los esbirros no pueden pescar al viejo Rockefeller. ¿Dónde se ocultará? Los representantes de la justicia van a llamar de puerta en puerta, pero ninguna de éstas se abre. Finalmente ocurre una caza de lo más cómico, con detectives, cárcel, evasión; en suma con todo lo que se precisa para hacer un buen *film*».

Pero como hay un móvil político, Roosevelt se empeña en que el Tribunal Federal de Chicago condene a la *Standard Oil Company of Indiana* al pago de una multa de casi treinta millones de dólares. Esto pasa en 1907, cuando Rockefeller tiene sesenta y ocho años.

Después se sucede otro proceso sensacional que ostenta esta leyenda: «The United States of America versus the Standard Oil Company of New Jersey». Los guardianes de la ley Sherman han pillado nuevamente a Rockefeller en infraganti delito y lo llevan a los Tribunales. A los cinco años se da fallo definitivo condenando a la disolución la maquinaria infernal de Rockefeller. Pero las condiciones han variado y parece haber empezado a soplar brisa benéfica para el magnate.

Bien, allí está una síntesis de la carrera estruendosa del «Solitario». ¿No hay en ella tragedia? La lucha tormentosa que Rockefeller mantuvo para llevar a esa cúspide dominante su empresa petrolera, no estuvo en ningún momento llena de la alegría noble del esfuerzo. El odio sañudo de sus compatriotas lo persiguió sin misericordia. Mientras amasaba sus millones todos los procedimientos fueron buenos para triunfar. La cárcel tenía siempre reservada una

celda para él. Vivió en desasosiego, tendido el pensamiento hacia todos los sitios en donde había un competidor que arruinar. Lo interesante era darle existencia permanente a esa organización petrolera, convertirla en una vomitadora de millones.

¿Qué era mientras tanto para él el hombre? Un mero instrumento de lucro pronto a rodar como deshecho apenas menguara su rendimiento. El elemento humano no fue nunca para él factor de importancia en lo que podía tener digno de ennoblecerse. Había, sí, que explotarlo, envilecerlo, despreciarlo.

Y por esa tragedia en que vivió Rockefeller es que se siente perseguido por las Euménides que crearon los griegos. Ellas se vengán obligándolo a deshacerse de los millones. Para los que en la edad del acero no ven en la leyenda griega un simbolismo impercedero, será vano todo esfuerzo que se haga para mirar a través de ella esas vidas nonagenarias. Pero lo cierto es que al convertirse en filántropos, al llegar a cierto límite de la vida, no sufren sino la influencia fatal de la ley de la compensación. Mentira que en ellos el amor al prójimo haya tenido nunca el menor culto. Shaw dice que el arrepentimiento los devora. Y hay un fondo profundo de verdad. A todos los ha entonado la más espantosa sordidez mientras están en la tarea de acumular riquezas. Y cuando ya las miran como el mar a sus arenas no pueden evitar que cualquier viento las disperse.

El «Solitario de Pocant» empezó a sentir el arrepentimiento desde hace un cuarto de siglo. «¿Es por filantropía, por amor a los hombres, siguiendo el sentido etimológico de la palabra, por lo que se siente lleno de compasión y crea instituciones, o bien es que, como dice él mismo, «el espíritu de donación reina en su corazón», o, en fin, a consecuencia de la obligación de mandas, que fuerza a los ricos americanos a abandonar una parte de sus numerosos millones a obras de beneficencia para apaciguar algo el descontento, siempre mayor, de los que no tienen nada, contra los potentados?» La tragedia sigue aleteando sobre estas vidas. Pueden recluirse en residencias a las cuales el rumor de los negocios que los volvieron inválidos, no llegue sino a lo largo del hilo telegráfico. Pueden jugar al *golf* y entretenerse en todas las nimiedades de una vida ociosa. Pueden aspirar a ser centenarios. Mas lo cierto es que esas manifestaciones no son otra cosa que la raigambre de la tragedia que los ahoga.

¿Podremos dedicar la otra *Estampa* a Henry Ford?

Juan del Camino

Cartago. Enero de 1930.

**Polvo del Camino**

**Primeras letras, gestos de guerra y alguna que otra alusión personal**

(Envío del autor)

AL visitar mi pueblo una mañana de tantas, algo extraordinario apareció a mi vista: el viejo caserón contiguo a la iglesia, albergue durante tantos años de la escuela, era objeto de una demolición formal. Tejas, cañas y terrones cubrían el patio; por todas partes el olor penetrante de la tierra reseca de las paredes viejas. Este olor llega a hacerse indefinible, y en la imaginación cubierta de cabellos grises hay un renacer de cosas que fueron. Reviven los relatos de amigos y conocidos de otro tiempo, historias de aparecidos, narraciones con dejos de epopeya; revive la voz cansada del maestro Cirilo; hay cabezas infantiles inclinadas sobre el libro; se oye el tic-tac del gran reloj de pared colocado sobre el pizarrón lleno de números...

Los demoleedores desprenden el marco de una ventana, de aquella ventana ancha y sin vidrios — en cuyo dintel una abeja albañila construyera su celda de barro — y por la cual entraban el sol, voces, ruidos y el panorama de la calle.

¡Cuántas figuras de conocidos enmarcó esta ventana un día! La de Juan Valerín el policía; la de su padre ñor Adriano Valerín; las de ñor Cipriano Fonseca, José Pico, Racael... Todos pasaron por allí alguna vez, llamas apagadas hoy, todos ruedan en el polvo ahora. Todos van y vienen en mi imaginación, tal como los vieran mis ojos de niño, en sus humildes afanes; los vuelvo a oír expresarse en su lenguaje torpe, sin pulimento, que la gente fina oye con sonrisa condescendiente y burlona.

\*\*\*

Juan Valerín se decide a servir la plaza de policía de orden, no precisamente por el gusto de andar con cavilosadas, que él nunca ha sido sácalas ni cucharilla; tampoco porque sea vengativo: le pueden decir «Chichota» o «Merienda» en su propia cara (los dos apodosos que le tienen puestos como si no fuera suficiente con uno solo), él más bien se ríe. Otros estarán pensando que lo hace por quedar bien con el Gobierno. Mentira, nada le importa los que mandan. La procesión va por otro lado: es que con la situación tan endemoniada, el pobre está como tantos otros, corre que te alcanzo, o como él mismo dice: A jumá y dejame el cabo. No tiene segundos calzones que ponerse, el sombrero mismamente una bolsa de chorrear café, la camiseta hecha un pascón en la espalda. Se ha remendado ya un poco, pero dejará el puesto una vez que comiencen las cogidas de café. Si fué porque la plaza estaba vacante y el Político le mandó razón, llamándolo, le ofreció el güeso sin él pedirlo, y ahí me lo tienen ahora de placa y tajona, de vagamundo plantado en las esquinas, criando mala sangre.

Se hace el tonto cuando ve los chanchos de ña María Mora andar sueltos en la plaza, para no tener que llevarlos al Fondo: así se evita después de andar en cuentos y en enredos. Con los borrachos lo que hace es espantarlos de la taquilla los lunes que remanecen de goma, dando golpecitos con la tajona en la puerta o en la ventana. En los pleitos a las pescozadas, los deja que se arreen, no han de matarse: allá que venga José Trenidá

—el otro policía— a despartarlos y a llevarlos al Cabildo, si quiere.

Le ha caído bien al Político y no es porque él sea cucharilla ni alcagüete, ¡qué va! El nunca ha vivido de cuechas. El caso es que lo emplea en comisiones de confianza. El Político es muy palomilla, de lo más tratable, con muy bonito modo para mandar y parejo con todo el mundo, ricos y pobres; es ventrículo de la voz y se pasa haciéndolos caer de leva en la oficina; padeciente de almorranas; pero Dios le dé salú a ñor Adriano Valerín, el tata de Juan Valerín, que le dijo de ese remedio de cargar una semilla de ojo de venado en cada bolsa del pantalón, hembra y macho; y de veras está muy aliviado.

\*\*\*

Viejo más entrador y contento este tal ñor Adriano Valerín, siempre con su carota de bondad. ¡Y qué ganas de poder verle a todo sabor la cicatriz del brazo y la de la pierna! Viejo lleno de nervio y de fuerza; él solo se basta para detener un novillo bravo en carrera abierta y, o se rompe la sogá o el novillo se viene rodando al suelo en el socollón.

—Tomá, criaturita, este cinquito y mercás pan... —le hace a cualquier chiquillo harapiendo, de camino para la Misa Mayor, en la calle de San Rafael; y le deja un realito en la mano. Pero no es así como por hacer la caridad, ni por dar limosna, este su repartir cincos: lo hace por el gusto de ver la sonrisa de alegría en los ojos del niño. No hay diferencia entre él y esos troncos macizos, en cuyo interior las abejas de picúzaro han instalado sus despensas llenas de miel traída de las flores de los montes.

La historia de este viejo corpulento es bien

conocida de todos en nuestro pueblecito. Los mayores la comentan de cuando en cuando, con respeto afectuoso y con cierto aire de orgullo, sin duda por tratarse de un coterráneo que en día memorable supo amarrarse los calzones como todo un valiente:

Allá por el año 56, en la lista de muchachos de Tres Ríos que salían para Nicaragua en son de guerra a rechazar al filibustero esclavista, estaban José Acuña, Juan Villalobos, Ramón Chavarria, José María Quesada, Cipriano Fonseca, Adriano Valerín... Todos llegaron hasta donde tenían que ir, todos pelearon bien, sí; pero ñor Adriano se volvió una fiera en el combate. En uno de tantos lances, cuando echó de ver, ya se le había acabado el parque. ¡Virgen del Pilar! y el enemigo allí no más, bien pertrechado; pero no retrocedió: empuñó el rifle por el cañón, lo blandió en alto y de un culatazo tremendo denunció a un sargento filibustero que venía hacia él con la punta ensangrentada de su sable. Luego tomó en sus manos el arma enemiga y rompió contra el suelo la hoja de aquella espada. Allí no más cayó herido de bala en una pierna él también; antes una balloneta le había cruzado el brazo izquierdo.

Y mientras tanto, Juan Villalobos terco en el puesto de centinela; dos días con sus noches se mantuvo en el mismo sitio, sin abandonarlo un momento y sin saber más de los suyos, separado de su propio campamento a causa de los fuegos abiertos sin interrupción. Fueron a relevarlo en medio de la oscurana del humo y de las sombras de la noche. Al sentir en las vecindades ruido de pasos y de armas, gritó: —¡Quién vive, carajo!— con voz terrible; y no había probado bocado en los dos días, pero ni siquiera agua.

Vino luego el penoso regreso a pie: dos largos meses de caminar y caminar; Juan Villalobos muy debilitado y enfermo, ñor Adriano un poco repuesto, los dos siempre juntos. Emprendían la marcha por lo regular con la fresca, hacían largas paradas en el camino; a veces pasaban un día entero sin probar ni un trago de agua; mucho sol, mucho polvo; ponían bien el oído tratando de descubrir entre la calma la voz de algún chorrito, cortaban bejucos para chuparles el agua. En ocasiones les iba bien porque encontraban algún cañal, sandillas o piñas o el hilito de agua de algún yurro. Al llegar a Esparta, ñor Adriano sintió al compañero morir.—No te dejes, Juan—le dijo, y se lo cargó a la espalda, por más que Juan Villalobos le pedía que lo dejara morir allí no más. El caso es que pudieron llegar a Alajuela, después a San José. Por fin, una madrugada, los dos soldados llamaban a la puerta del hogar.

¡Oh, ñor Adriano Valerín éste! ¡Cuántas veces, después de haber escuchado su gesta, contada por labios que no eran suyos, sentí deseos de acariciar su espaldota sudorosa, heroica y potente como la de aquel Sansón en una de las láminas que adornaban las paredes de la escuela! Viejos como ese ya no se encuentran.

\*\*\*

Mi imaginación se complacía mucho con estas láminas para ilustrar las lecciones de Historia Sagrada: el pecado de nuestros primeros padres, el Diluvio, Absalón suspendido por los cabellos de la rama de un árbol, la mujer de Putifar con la capa de José entre sus manos. Notable el parecido entre la

**No olvide Ud.**

TOMAR UN BONO  
POR LO MENOS DE LA

**NACIONALIZACION  
ELECTRICA**

Esos bonos llevan la garantía plena del Estado, devengan un interés fijo del 8% anual y están exentos de todo impuesto o descuento.

mujer de Putifar y Racael, la querencia de Juan Valerín, un amor más viejo que el cómo le va. Galanota y fresca esa Racael. Las envidiosas le levantan que se unta achote en la cara para verse rosada; es una muchacha muy apetecida, con buenos pretendientes y si no se ha casado es porque, según ella misma dice, no se lo pide el cuerpo. A Juan le hemos hecho saber lo del parecido de su novia con la mujer de Putifar y no le ha gustado porque parece que la tal era mala mujer.

Clase de Caligrafía: Sobre cada pupitre el cuaderno de Spencer. Con los anteojos puestos encima de la nariz, don Cirilo observa atento desde su mesa; de cuando en cuando su voz interrumpe el silencio de la clase: «Niño, niño...» Por la ventana abierta entra y se tiende sobre los ladrillos un abanico de sol; de la calle viene el ruido producido por un caballo al arrancar con los dientes la yerba, se oyen los resoplidos del animal; pasa una carreta, pasan mujeres, vacas, mariposas; por el sombrero de palma, con las alas caídas reconozco a ñor Adriano Valerín que atraviesa la plaza; pasan también José Pico, Juan Valerín, Camilo Andrade, Racael...

Y una vez llena la plana, a competir: de dos en dos, unos después de otros, todos vamos pasando el cuaderno de caligrafía bajo el ojo justiciero de don Cirilo. Examina severamente la escritura de ambos contendientes, saca dos confites de un bolsillo y dice al perdidoso: «Tenga y dígame a su compañero: «Me ganaste, te pago la ganancia...» Y ahora déle los confites.

Si el ejercicio es al dictado, el maestro se escurre lentamente por entre las dos hileras de pupitres; de pronto dice marcando bien las sílabas: «Tiempo; antes de p y b, e...me.» Hace la observación y simultáneamente clava la uña del pulgar en la mollera del infractor de la regla ortográfica.

Es severo don Cirilo: arrestos, copiar cien veces sentencias como ésta: «Yo no debo hablar en clase», palmetazos, largas horas de arrodillamiento.

Este régimen correccional tiene su paréntesis allá una vez al año, el día del Santo maestro: entonces todo es cordialidad, recitaciones, refrescos, golosinas y paseo a La Yerbabuena, o a La Carpintera a ver la Piedra del Encanto.

Las salidas de tono y tal cual gracejada a destiempo, nos han hecho acreedores a los calificativos de gahnápiro y maganzón, aplicados al pecador entre coscorrón y coscorrón. Pero todo el aparato disciplinario va resultando a la larga cosa de poco valor, inclusive el supremo recurso de emparedarnos dentro del cuartucho oscuro y sucio del fondo del caserón, contiguo a la sacristía vieja de la iglesia. De lo que ha servido esto último es de que perdamos el respeto a los santos. Fácil nos ha sido descubrir en este calabozo una pequeña grieta, merced a la cual es posible enterarse de cuanto ocurre en la penumbra de la sacristía: allí está el Santo Sepulcro y yacente en su interior el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, cuyos pies llagados y pálidos es lo único que podemos ver; San Juan Evangelista y una Dolorosa frente a frente, ambos en paños menores; San Pedro, el Resucitado, una calavera, andas, candeleros, murciélagos y polvo. En sus intimidades esta Dolorosa resulta una cosa bien diferente de como la sacan en las procesiones, con aquellos sus crespos negros, su ropaje de damasco,

## DR. HERDOCIA

### Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta

Horas de oficina:

**10 a 12 de la mañana  
y de 2 a 5 de la tarde**

Contiguo al Teatro Variedades

su resplandor, su velo y aquel su pañuelito coqueto en una mano: quitando cabeza y manos, todo lo demás no es otra cosa que palos y reglas: reglas el busto, reglas los brazos y reglas hasta abajo. Además está pelona, pues su peluca de rizos que tanto conmueve a las sencillas campesinas, quién sabe en qué gaveta estará guardada. Y la misma le pasa al pobre San Juan Evangelista.

\*\*\*

Allá un día, el maestro resuelve enviar a los padres de familia unos pliegos pequeños, las notas, en donde aparecen consignadas las calificaciones en aplicación y conducta de los escolares. Terrible invención que nos saca de quicio y nos hace sentir un sabor acre en el paladar y en el corazón una angustia infinita. Nosotros mismos somos los encargados de llevar a casa las notas y de traerlas de nuevo a la escuela firmadas por el padre o la madre, en señal de inteligencia. A la mañana siguiente, desde muy temprano, nos encontramos estacionados en las gradas del atrio de la iglesia un grupo de gahnápiros, sin saber qué camino tomar. Vemos a Juan Valerín conversando con Racael, ella de pelo suelto, en la esquina del Cabildo; bien advertidos nos tiene de que no nos acerquemos cuando anda con su novia. Al fin se despiden; el novio adelanta solo por la calle de la iglesia, camino del Rastro y con el palo de la tajona nos dice adiós. Lo detenemos, le confiamos el apuro del momento y le pedimos la suplantación de firmas. Lo piensa un momento, luego accede, y con él todos nos internamos en el templo. Allí cerca del altar de Nuestra Señora de la Luz, sacamos los papeles y Juan Valerín se pone a falsificar firmas en las notas con la pluma y la tinta que solícitos le ofrecemos. Le sirve de escritorio una punta del altar; saca la lengua y la mano torpe traza rasgos gruesos y pretenciosos; al escribir imprime movimientos a la mesa y se balancea el Niño suspendido por una cinta de la mano de Nuestra Señora de la Luz; las golondrinas cruzan sobre nuestras cabezas. Nos dispersamos y Juan Valerín se va a echar unos ternillos que lamen el mantel del altar del Señor del Triunfo.

## LIBRERIA ESPAÑOLA

10 Rue Gay-Lussac, París V,  
y Mayor 4. Madrid, España

Envía libros españoles, franceses, etc.,  
a todos los países en las mejores  
condiciones.

Pídase información de novedades.

Depositario del *Repertorio Americano*.

Y como hoy es 23 de junio y mañana día de San Juan, en la escuela los gahnápiros hacemos una contribución para obsequiar una cerveza de a dos reales al policía amigo.

\*\*\*

El maestro nos asegura el peor de los éxitos en los exámenes de fin de año: con la cabeza que Dios nos ha dado, no es posible hacer milagros; él se lava las manos, ha hecho cuanto ha podido.

Todos bien mudaditos y bien peinados para la escuela esa mañana. Primero a la iglesia, a prenderle una candela al Espíritu Santo para que nos ilumine la cabeza; al salir nos ponemos agua bendita en la frente, el reloj da las siete, por el cuerpo nos corre un frío, un frío...

Al principio todo va bien. En el examen de lecciones de cosas, uno de los réplicas se deshace en elogios y nos felicita. Viene después un ejercicio colectivo de corrección de lenguaje, del cual pensamos salir aún más airosos:

El maestro —Al enfermo lo vió el dautor...

Nosotros —No señor, no se dice dautor, se dice doctor... (La corrección se hace en coro).

El maestro —La señal de la cruz se hace asina...

Nosotros —No señor, no se dice asina, se dice así...

El maestro —Este niño tiene rosados los cachetes...

Nosotros —No señor, no se dice cachetes, se dice mejillas...

El maestro —Hoy no truje mi paraguas...

Nosotros —No señor, no se dice truje, se dice traje...

Al finalizar este número y como para reafirmar el buen resultado obtenido en el mismo, uno de los réplicas asume la dirección del ejercicio así:

Réplica —El doctor dejó algunas medicinas...

Nosotros —No señor, no se dice doctor, se dice dautor...

Don Cirilo nos dirige miradas furiosas.

El examen de Historia Sagrada resulta un nuevo fiasco, debido a la torpeza inaudita de mi compañero de banco, Jesús Torres, conocido también por «Vaca Mora». Le interrogan para que diga algo del Diluvio Universal y se ha encogido de hombros declarando descaradamente que a él no le toca esa sino la de Caín y Abel. El desplante de Jesús Torres provoca la risa en algunos de los presentes, sobre todo la de un grupo de espectadores de la calle asomados por la ventana, aquella ventana que ahora derriban. Sobresale entre ellos por su estatura notable, José Pico, sonriente, la cabeza siempre ladeada sobre un hombro en su afán de no parecer tan alto; tiene un cardenal en el ojo resultante sin duda de algún golpe en los gallos o que ha salido rascando del juego de dados. De los gallos y del juego lo ven salir a menudo a rajatablas con algunos detrás persiguiéndolo con miras nada pacíficas. (Este José Pico es aquel a quien Goyito Guevara, el mayordomo de la Iglesia, sorprendió infraganti un lunes, en el preciso momento en que trataba de compartir con las Animas el dinero recogido en su platillo; pero él no dio su brazo a torcer y con la mayor sangre fría se puso a decir que no fueran lengua larga, que lo que estaba haciendo era tomando el vuelto de una limosnita que había venido a dejar a las Benditas Animas del Purgatorio por no re-

cuerdo qué milagro que le habían hecho. Nadie creyó la explicación y desde entonces pusieron a una viejita beata a cuidar el platillo de las Animas). En el grupo están también Juan Valerín masca y masca su cuechita, Camilo Andrade, en camisa, se limpia el sudor con un gran pañuelo rojo floreado de amarillo; Ventura Rechimán se retuerce el rubio bigote; se ve además una cara de mujer...

Termina el examen. A los Réplicas los regalan con cerveza y tosteles finos; a nosotros, con polvorones, tártaras y refrescos en botella. Antes ha tenido lugar el acto de la

repartición de premios: libros de cuentos, cajas de lápices de colores, estampas de santos. Para finalizar hemos entonado aquella canción que con su pobre voz agria nos enseñara don Cirilo y cuya letra no tenía el menor sentido para nuestra inteligencia:

¡Sus! juvenil colmena  
y a trabajar, a trabajar....

El marco de la ventana se ha desprendido... Ahora queda sólo una boca negra abierta en grito desesperado. El polvo danza en torno mío...

R. Coto

Diciembre, 1929.

## José Vasconcelos, Presidente electo de México, llama al país a las armas para imponer respeto al voto popular

(Envío de la Sra. Antonieta Rivas Mercado, encargada de la información extranjera sobre el movimiento vasconcelista de México.)

DESDE el pueblo tranquilo de Guaymas, y apoyado por sus habitantes generosos y patriotas, he venido observando la consumación de la que sin duda pasará a nuestra historia como la más bochornosa de las imposiciones electorales. Aunque dados los antecedentes de la gente que tiene usurpado el gobierno y la deslealtad con que siempre han procedido, ya era de esperarse que la invitación hecha por Calles para una justa electoral sólo podría tener los caracteres de una farsa o de una celada, creímos, sin embargo, muchos patriotas que, era nuestro deber tomarle la palabra, así se tratase de la más desleal de las palabras, y puesto que iba de por medio el interés de demostrar la tesis de que sí está capacitado el pueblo mexicano para la democracia, y en cambio no está capacitado ni para la democracia ni para la civilización el gobierno que desde hace años venimos padeciendo. Nuestra campaña democrática se desarrolló con aplauso de toda la nación, sostenida únicamente con contribuciones populares, caso sin precedente en la América Española y muy raro en cualquiera parte del mundo. Logramos organizar un poderoso partido que se adueñó de la opinión de manera tan cabal como pudo verse cuando el 10 Noviembre, un Domingo antes de las elecciones, desfilaron por todos los pueblos y ciudades de la República los millares, los millones de nuestros partidarios. Desde el 10 de Noviembre pudo verse que en caso de ser respetado el voto por quienes no tendrían otra justificación para estar en el poder que respetarlo, la mayoría abrumadora de los sufragios iba a convertir en un hecho nuestro triunfo.

No habían bastado a enderezar una candidatura rival de la nuestra ni las enormes sumas gastadas por el gobierno en propagandas y dádivas, ni la palabrería de agraristas que son hacendados y de bolcheviquis que poseen millones hurtados directamente de las arcas nacionales. El pueblo entero rechazaba y rechaza a Ortiz Rubio, creación de Calles, y como la elección la tenían per-

didada los gobiernistas, y como no habían bastado los numerosos asesinatos cometidos por gente del gobierno en la persona de prominentes partidarios nuestros, para debilitar nuestro movimiento, sino que al contrario, cada crimen le ha ido dando más fuerza, convencidos entonces los gobiernistas de que no tenían otro recurso que el mismo que les ha conservado el poder en los últimos años, el crimen, se decidieron a usar en forma organizada y cínica todas las fuerzas armadas del país, el ejército y la policía, para estorbar la acción de los antireeleccionistas en las casillas electorales.

Para colmo de oprobio, Amaro, el oscuro asesino que dirige la Secretaría de Guerra, giró la víspera de la elección una circular a todos los jefes de armas de cada puesto del país, diciendo: «Que por ningún motivo debía permitirse que los antireeleccionistas prevalecieran en las casillas». El ejército, con honrosas excepciones, se deshonoró cumpliendo esta orden. Y no obstante las amenazas, los asesinatos, y los encarcelamientos, el pueblo acudió a votar en masa, y de haberse registrado el cómputo, se hubiera tenido que reconocer el triunfo abrumador de nuestro partido.

Es de señalarse a la atención del público que los diarios de la ciudad de Nueva York dieron la noticia del triunfo de Ortiz Rubio respaldada por los comentarios del Embajador Americano, muchas horas antes de que se cerrase la votación en México, es decir, cuando no se podía tener noticia cierta del resultado de la elección, cosa que entre nosotros requiere varios días por la imperfección de nuestros métodos de registro. Siendo entonces evidente que el pueblo mexicano ha agotado los recursos legales, interesa a su destino hacer el máximo esfuerzo a efecto de que se respete la voluntad popular. Y considerando que por grave que sea la crisis que se provoque, es mejor la lucha que la sumisión y preferible la rebeldía a la indiferencia, he comenzado a instar a todos mis partidarios de corazón bien puesto a que recurran al medio supremo que

está al alcance de los hombres dignos en este caso: la acción armada.

Desde este encierro de Guaymas he podido comunicarme con algunos jefes, y ellos en su mayoría opinan que siendo yo prácticamente, desde la semana anterior a las elecciones, un prisionero del Gobierno, ya que me rodean policía y ejército y me siguen a todas partes donde voy, con el pretexto de dar garantías, no obstante que es la misma policía la única que las ha estado violando, lo mismo en Mazatlan que en todo el trayecto hasta Guaymas; en vista entonces, de que está coartada mi libertad y en vista también de que los hombres decididos a la protesta armada cuentan, como es natural al principio, con elementos todavía no coordinados, hemos pensado que mi presencia entre ellos antes de tiempo mas bien los comprometería y pondría en peligro el éxito del movimiento. Es entonces por esta causa por lo que he tomado la amarga resolución de pasar al extranjero mientras el pueblo puede hacerme respetar como su candidato triunfante y Presidente Electo.

Este paso a nación extraña del hombre que quizá por primera vez en nuestra historia tiene el triunfo en una elección presidencial casi unánime, es cosa que no sólo me avergüenza a mí, sino que debe avergonzar a cada mexicano que tenga vergüenza: debe avergonzar al ejército, que está al servicio de una dictadura sin decoro y sin honor; debe avergonzarnos a todos, que no hemos tenido la fuerza suficiente para castigar tanto crimen. Como excusa de esta necesaria resolución, debe sin embargo, citarse el precedente glorioso de don Francisco I Madero, que también tuvo que refugiarse en el extranjero mientras se organizaba el apoyo que había de prestarle su propia Patria, y el antecedente del C. Alvaro Obregón, que no obstante contar con la complicidad del ejército, tuvo que refugiarse en Guerrero mientras sus partidarios organizaban la acción armada en el Norte.

Considerando, entonces, que es necesario exigir al pueblo que lleve adelante el esfuerzo que va implícito en el voto, me dirijo a todos mis conciudadanos pidiéndoles adhesión decidida para las resoluciones siguientes:

1.—Se declara que no hay en la República más autoridad legítima, por el momento, que el C. Lic. José Vasconcelos, electo por el pueblo en los comicios del 17 de Noviembre de 1929, para la Presidencia de la República. En consecuencia, serán severamente castigadas todas las autoridades, inclusive los miembros del Ejército, que sigan prestando apoyo al gobierno que ha traicionado el objeto para el cual fue creado.

2.—El suscrito, Presidente Electo, rendirá la protesta de Ley ante el primer Ayuntamiento libremente nombrado que pueda recibirla en la República, y desde luego se procederá a organizar el gobierno legítimo.

3.—Se desconoce a todos los poderes de facto, así los de la Federación como los de los Estados y Municipios, que desde hace tantos años han venido en-

sangretando al país, robando al Tesoro Público y creando la confusión y la ruina de la Patria y que han pretendido burlar el voto público en la elección presidencial.

4.—El ciudadano que en cada uno de los Estados tome el mando de las fuerzas que expulsaran a los detentadores del poder público, se hará cargo interinamente del gobierno local y procederá a organizar éste de acuerdo con la Constitución Federal, con la de la Entidad Federativa de que se trate y con las demás leyes en vigor, a reserva de que sus actos de gobierno reciban la ratificación del Presidente legítimo de la Re-

pública y de que ésta confirme su investidura, la que no por ello perderá su carácter de provisional.

5.—El pueblo designará libremente en cada Municipio a los ciudadanos que deban encargarse de la Administración Municipal.

El Presidente Electo se dirige ahora al extranjero; pero volverá al país a hacerse cargo directo del mando tan pronto como haya un grupo de hombres libres armados que estén en condiciones de hacerlo respetar.

Hágase circular y cúmplase.

Dado en Guaymas, Estado de Sonora, a los 30 días del mes de noviembre de 1929.

*José Vasconcelos*

Presidente Electo.

## Clemenceau ante la historia...

(Viene de la página 24)

el pasado y a los ojos de los dirigentes del pasado: gran filósofo, gran político, un Superhombre. Mas para la historia nueva, para la posteridad, la verdad es y será otra.

Patriotero intransigente, chauvinista fanático, pequeño burgués, testarudo y ambicioso. Nacido a la política en los días de la ocupación de París por los cascos prusianos de 1870, ha muerto en los días de la ocupación rhenana por las fuerzas aliadas de 1914. Una línea recta de dolor convencional, de rencor nacionalista y de ensañada revancha, fué su vida. Instrumento de gran precisión del radicalismo capitalista,—que predica la igualdad, la libertad y la fraternidad y practica la guerra, la opresión y la injusticia—su pluma, su oratoria, su acción, izquierdista, centrista o derechista, refleja fielmente el proceso psicológico y social de toda la Tercera República. Médico, alcalde de Montmartre, periodista, diputado, senador, ministro, Presidente del Consejo, «Padre de la Victoria», especuló, como buen profesional burgués, con el mal del prójimo, sirvió a Thiers contra la Comuna de París, reprimió con su astucia característica y con el portafolio del Interior, las huelgas obreras del Norte y de Lens. «Haga usted—le decían los socialistas de la II Internacional en la Cámara—haga usted la República económica y social, usted que es el jefe del partido radical y que trata de realizar la República política». A lo que Clemenceau respondía, evadiendo la adjuración con una frase vacía: «Hay que someterse, antes que nada, a las leyes de la evolución». Y la evolución, en el mundo capitalista, equivale a sostener la explotación de los obreros por los patronos, de los trabajadores por los ociosos, de los pobres por los ricos. Jefe del Gobierno y Ministro de Guerra, en 1918, tradujo en la famosa *Victoria del Derecho y de la Libertad*, esta fidelidad al interés de clase del Estado. La ocasión de una guerra salvaje entre los diversos bandos del imperialismo mundial, puso en sus ma-

nos la garra del Tigre francés, hambriento de Alsacia y Lorena, de los dominios coloniales alemanes y demás botines del tratado de Versalles. «Yo hago la guerra—repetía ante el mundo estupefacto.—Toda mi política se resume en una sola fórmula: yo hago la guerra. Política interior: yo hago la

guerra. Política exterior: yo hago la guerra. Nos traiciona Rusia: yo sigo haciendo la guerra. Capitula Rumanía: yo sigo haciendo la guerra. Yo me bato delante de París, en París y detrás de París. Yo me bato en todas partes. Yo hago la guerra siempre». Geoffroy dice a este propósito: «El hombre de partido y hasta el político, desaparecen en el Clemenceau de 1918 y no queda en él sino el francés (el francés de la clase dominante, debería precisar Geoffroy), llamando a las armas a todos los franceses (a todos los franceses aherrojados en la miseria y la explotación de los campos y las fábricas, debería precisar Geoffroy). Clemenceau fué, pues, un representativo, digo, un representante y apoderado público de los sindicatos, trusts y carteles patronales, dueños y guardianes a la sazón de la máquina de Estado y de la conciencia francesa. Este ha sido el verdadero rol de Clemenceau. Esta es su gloria. Si gloria es haber pronunciado, en todos los momentos de su gestión oficial, estas bárbaras palabras, que aún resuenan y resonarán en la historia, como el más auténtico signo de su obra: «¡No más campañas pacifistas: sólo la guerra y nada más que la guerra...!» Si gloria es haber predicado y hecho la guerra, como el más sanguiinario de los tótems primitivos.

*César Vallejo*

París, 1929.

## Tablero = 1930 =

**Da mucho** en que pensar esto que nos acaba de transmitir una mexicana distinguida:

«Si le contara los peligros a que Vasconcelos ha estado expuesto y sigue estándolo; las persecuciones que todos sufrimos, los asesinatos que se han cometido, no acabaría. Esta situación no sería tan angustiosa si no pensáramos que estamos jugando la última carta para ser un pueblo independiente. Los Estados Unidos son un peligro y su política es tan fraudulenta y canalla que primero ayudan a la canalla del propio país en quien tienen puesto los ojos y así que lo llevan a la ignominia, aparecen como el salvador del pueblo».

### Turcios indignado

París, 18 de noviembre de 1929.

Señor don Joaquín García Monge,  
San José.

Mi querido amigo:

Circuló en periódicos de Centro América la noticia de que fui abofeteado en España, noticia que constituye una infame calumnia inventada por algún miserable.

Espero, de su alto espíritu, que se sirva rectificar, en su gran tribuna de verdad y de justicia, el magnífico *Repertorio*, aquella cobarde información.

Yo no soy de los que se dejan ultrajar.  
Fraternalmente le abraza,

*Froilán Turcios.*

Me imagino a mi amigo Turcios airado más de la cuenta. Tal vez el rumor calumnioso de que habla ha comido en otras secciones de Centro América; aquí, que yo sepa, no se ha dicho nada al respecto. No haga caso Turcios a la manga de alimañas tropicales que en redacciones y tertulias de periódicos pican y roen. «Tábanos fieros» las llamaba el arcángel Martí, que ni él estuvo exento de su aguijón ponzoñoso, ni de sus dientes verdes. Lo malo que se diga de Turcios en este caso, y en otros, para los que lo conocemos, no tiene, pues, importancia alguna.—g. m.

*Como aún faltan ₡ 1,400 para cubrir el costo de la casa comprada a la viuda e hijos de Omar Dengo, y como aún llegan nuevas cuotas, abrimos otra lista y seguiremos reuniéndolas.*

Vienen..... ₡ 333.00

Alfredo Cardona Peña .....	2.00
Antonio Picado G. ....	20.00
Alicia Fornos Ramos.....	10.00
Una dama .....	5.00
Caridad Ugalde.....	10.00
Celia Sáenz .....	20.00
Ermida Mora .....	10.00

₡ 410.00